

El **CORSARIO** **AZUL**



El ESTANDARTE
AZUL
Por J. LEÓN



Morgan asalta y saquea Panamá. El Corsario Azul iniciará una “razzia” de represalia por las colonias inglesas; lástima que en la historia no fuese esto verdad. La bella y altiva Arabella acaba loca por los bigotes del capitán Villegas.



J. León

El estandarte azul

El Corsario Azul - 7

ePub r1.0

Lds 24.05.18

Título original: *El estandarte azul*

J. León, 1949

Dibujante portada e interiores: F. Batet

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



El **CORSARIO** **AZUL**

RO J. LEÓN



EL ESTANDARTE AZUL

Ediciones  *Clipper*



CAPÍTULO PRIMERO

UNA HAZAÑA DE MORGAN

La ciudad de Panamá se alzaba majestuosa, y reposada entre los montes cubiertos de espesura. Las altas copas de los cocoteros y de los caobos se atizaban hacia el cielo, como brazos que saludaran al sol. El mar aparecía tranquilo y azul. Algunos buques descansaban en el antiguo puerto.

Aquél era el Océano Pacífico, el Mar del Sur como le llamaban entonces, que unos hombres más locos que todos sus contemporáneos descubrieron al cruzar el istmo sin temer los peligros que podía encerrar la selva ignorada. Allí, Vasco Núñez de Balboa se internó en el agua, hasta que le llegó a las rodillas, y alzando su bandera y su espada tomó posesión del Mar del Sur en nombre del Rey de España. En el lugar donde se alzó su campamento construyeron más tarde la ciudad de Panamá, que era una de las más ricas de su Provincia. No lejos de la población, el río Onagres se deslizaba a través de los montes.

A corta distancia del puerto se alzaban las islas de Tavoga y Tavoguilla, cuyos habitantes se dedicaban a la pesca de perlas. Todo el comercio del Mar del Sur a lo largo de Tierra Firme se centraba en la ciudad de Panamá. Su esplendor rivalizaba con Maracaibo y con Cartagena de Indias.

Tan grande era la riqueza de Panamá, que hacia ella marchaban a través de la selva, atraídos por el botín, unos hombres curtidos por los soles y los vientos del océano. Vestían amplios calzones de marino y camisas descoloridas. Iban descalzos y se anudaban los cabellos con pañuelos chillones. Al cinto lucían machetes y pistolas

y al hombro apoyaban el mosquete o la pica. Parecían aves de presa que se lanzaran sobre la desprevenida víctima. En sus ojos la fiebre de la codicia había encendido una luz de locura y sus bocas se retorcían en un gesto de crueldad. Eran la chusma de los mares, los proscritos y asesinos que los comerciantes ingleses pagaban para que, lentamente fueran socavando el poderío del comercio español.

A su cabeza marchaba un hombre corpulento y pecoso, de barba y cabellos rojizos, que reía siempre, pero al que nadie se atrevía a desobedecer, pues sin perder su jovialidad descerrajaba un pistoletazo al que discutiese sus órdenes, dadas con el rudo acento galés. Se trataba de Henry Morgan, el filibustero. Morgan, uno de los jefes de «La Hermandad de la Costa», el bucanero que, cuando Inglaterra ya no precisó de los servicios de los piratas, aceptó un título nobiliario y el gobierno de Jamaica a cambio de perseguir y ahorcar a sus antiguos compañeros.

Calzaba grandes botas de campaña y vestía un colete de ante sin mangas y camisa de cuello abierto arremangada, que mostraba sus nudosos antebrazos cubiertos de vello rojizo. Se cubría la cabeza con un ancho sombrero del que caían las puntas de un pañuelo amarillo anudado a la cabeza. En su amplio cinto de cuero lucía dos enormes pistolones y de un tahalí de soldado, sin adornos de ninguna clase, con una hebilla para poderlo ajustar, pendía una enorme espada.

A su lado marchaba un rufián de mediana estatura, moreno y mal afeitado, de expresión sanguinaria y cínica. Sus ropas eran las de un marinero, así como sus armas. Era el capitán Brodeley, lugarteniente de Morgan, o, como él se haría llamar, vicealmirante de la expedición. Brodeley era un asesino entre los asesinos, que gustaba de torturar a sus víctimas. Su habilidad de piloto y su dureza en el mando, le habían granjeado la amistad de Morgan.

Entre la horda de bucaneros se encontraban hombres por quienes los tribunales hubieran dado una buena recompensa, como el irlandés Michael Macmanus, a quien se acusaba de haber robado un convento en su país; como Jake Nutt, de quien se decía que ahogó a su mujer; como Mirvy Stevens, que martirizó a una niña para que su padre confesase dónde guardaba los ahorros de toda una vida de trabajo. Y como Frederick Haltop, al que acusaban de haber asesinado a sus padres.

Éstos eran aquéllos cuyos nombres han sido registrados como ejemplo de barbarie, pero todos los demás proscritos que componían las huestes de Morgan tenían más de un asesinato sobre la conciencia, si bien su conciencia era lo bastante recia para resistir su peso. Algunos debían morir a mano armada, otros acabarían en la horca, condenados por el propio Morgan cuando fuera gobernador de Jamaica, y muy pocos llegarían a viejos. Tal fué el caso de Stephen Hooper, que actuaba de amanuense. Mirvy Stevens acabó, cojo y tuerto pidiendo limosna en su vejez a las puertas de la catedral de Westminster.

Las fuerzas bucaneras habían cruzado el Darien y remontado el curso del río Chagres, a través de todo el istmo, hasta llegar a la ciudad de Panamá.

Entonces la población aparecía ante sus ojos. Había llegado el momento por el que todos suspiraban. El saqueo de la ciudad que guardaba tesoros maravillosos y riquezas incalculables. Los animaba la certeza de que Panamá se encontraba casi desguarnecida, a causa de la belicosidad de los indígenas, que obligaba a las tropas a diseminarse en «presidios» a lo largo de la selva.

Morgan detuvo a sus hombres al llegar a la cima de una de las montañas:

—Acamparemos aquí hasta que llegue la noche; —ordenó—. No quiero exponerme como blanco a los proyectiles españoles.

Durante las largas horas de sol, los bucaneros permanecieron agazapados entre la maleza, comiendo sus provisiones de maíz y de carne curada. Cuando el sol comenzó a declinar, ocultándose tras los montes e inundándolo todo de luz escarlata, como un presagio de la sangre que en breve plazo iba a correr, la hueste filibustera se puso en marcha.

Avanzaron hacia la ciudad al mismo tiempo que las sombras de la noche, que parecían extender sus fúnebres crespones sobre Panamá para proteger la marcha de los asesinos.

Se desplegaron por el campo que rodeaba a la ciudad, mientras las luces grises del atardecer se convertían en tenebrosa oscuridad. Entonces cargaron sobre la población. La luna no había salido aún y la más lóbrega neblina ocultaba a los bucaneros que marchaban a rastras hacia Panamá. Semejaban un inmenso ejército de culebras que se deslizase sobre la tierra, sosteniendo las armas en alto.

Un grupo se destacó, marchando hacia las puertas de la muralla, que rodeaba a la ciudad, mostrando las negras bocas de los cañones.

Nadie en el interior esperaba el ataque de los filibusteros. Gozando del aire fresco de la noche, los hombres paseaban por las calles. Algunos soldados francos de servicio se reunían ante un mesón, bebiendo botellas de vino. Las muchachas se sentaban en los patios, refrescados por un surtidor, para comunicarse noticias, cantar o escuchar algún galán que pulsaba la vihuela.

Los bucaneros se acercaron a las grandes puertas de madera y colocaron unos sacos de pólvora, unidos por una larga mecha a la que prendieron fuego. Rápidamente corrió la diminuta llama hasta llegar a la pólvora, luego un estallido rasgó la quietud de la noche. Se derrumbaron las puertas y la patrulla de filibusteros se lanzó por el paso que la pólvora había abierto. La aparición de aquellos hombres barbudos y salvajes, que enarbolaban machetes y picas, previno al instante a los habitantes de Panamá de la tragedia que se avecinaba.

Los soldados abandonaron las botellas y se lanzaron a batir a los bucaneros. Algunos hidalgos que paseaban por allí cerca tiraron de la tizona y se apresuraron a cumplir con su deber de caballeros. Al instante chocaron los aceros y las pistolas restallaron sus secos latigazos. De no haber sido por los demás bucaneros que se lanzaron al asalto de la ciudad, los primeros proscritos que habían entrado en Panamá hubieran pagado bien pronto sus crímenes. Muchos yacían ya con el corazón atravesado y otros se revolcaban en un charco de sangre.

Morgan cargó al frente de sus hombres, blandiendo su espada. La lucha fué breve y feroz. Los españoles se defendieron con valor suicida, ya que ninguno confiaba en vencer a aquella fuerza superior a ellos en número. Tan sólo deseaban llevar por delante la mayor cantidad de bucaneros posible. Atacados por varios enemigos a la vez, cayeron todos con la tizona en la mano. Mientras, Morgan y Brodeley dirigían a sus hombres, que se iban esparciendo por la ciudad.

Corrían como locos, lanzando alaridos de alegría y blandiendo sus armas en alto. Los grupos aislados de españoles que encontraban eran aniquilados tras un breve pero cruento combate. De las viviendas salían hombres a medio vestir, empuñando un

arma. Algunos disparaban desde las ventanas sobre los bucaneros. Éstos respondían a los ataques, hasta que la ciudad quedó en poder de los proscritos.

Entonces toda el ansia de lucro y de sangre se vertió sobre Panamá. Los filibusteros asaltaban las casas derribando las puertas a culatazos y entraban en las habitaciones, destrozando todo lo que a su paso hallaban. Desde la calle se veía, a través de las ventanas, las sombras que producían los candiles en el techo y se oían horribles gritos de mujer, mezclados con detonaciones y lamentos de heridos. Después los bucaneros salían a la calle cargados con las joyas, el dinero y los objetos de valor o arrastrando a alguna mujer que se debatía en vano, golpeando al proscrito que la había apresado y que reía estrepitosamente. Algunos las cargaban en vilo, como si fueran fardos, sin hacer caso de sus protestas.

Una esbelta muchacha morena, que un pirata pelirrojo y desdentado sujetaba entre sus brazos, se apoderó de la pistola de su agresor y quiso matarle. El proscrito vio a tiempo su intención y le arrebató el arma. Luego descargó un puñetazo sobre la cabeza de la muchacha, derribándola sin sentido, y se la cargó al hombro.

A golpes y a empujones hicieron avanzar los filibusteros a sus cautivos, mientras en las casas quedaba un rastro de sangre y de muerte.

Todos se dirigieron hacia la plaza mayor, donde se alzaba la catedral, y en la que Morgan había establecido su cuartel general. Fueron descargando su botín ante Stephen Hooper, que lo anotaba cuidadosamente. Los cofres, llenos de monedas y de joyas, y los objetos de valor, de oro o de plata, eran amontonados ante el amanuense y custodiados por cien hombres de confianza de Morgan, quien, engreído por el fácil triunfo, se pavoneaba por la plaza.

Un grupo, capitaneado por Jake Nutt, salió de la catedral cargado con los cálices de oro, los candelabros de plata y las joyas de la Virgen.

Uno de los sacerdotes les amenazaba con la cólera divina, pero los bucaneros se mofaban de su sacrilegio.

Las cautivas quedaron como botín de los que las habían apresado. Cuando ellos ya no las deseasen, serían vendidas como esclavas en Jamaica. Varios barriles de vino fueron abiertos con los

machetes y los hombres se apresuraron a llenar las copas robadas. Muy pronto el alcohol nubló aquellos cerebros excitados por el olor a pólvora y a sangre y una horrorosa orgía tuvo lugar en la plaza. Borrachos, los bucaneros reían, recordando los lances de la batalla. Algunos se encontraban tan bebidos que caían inertes por el suelo. Otros, estrechaban con el brazo izquierdo a una mujer de ropas rasgadas, mientras con el derecho empuñaban una copa que incesantemente llenaban en un barril. De cuando en cuando, besaban a la fuerza a la muchacha, burlándose de su terror y obligándola a beber. Si se mostraba demasiado arisca, la golpeaban hasta desvanecerla. Pero Henry Morgan no compartía la alegría de sus hombres. Paseaba por la plaza como una fiera acosada. Su sonrisa había desaparecido para dar paso a una dura máscara de crueldad. De pronto, se detuvo.

—Brodeley, Macmanus, Halton —llamó.

Su lugarteniente se acercó a él, envainando la espada que limpiaba de sangre. Macmanus apuró el vaso que sostenía con una mano y Halton soltó a la muchacha que abrazaba.

—Reunid algunos muchachos —ordenó Morgan—, y traedme a todos los hombres que encontréis con vida. Si son ricos les obligaré a que nos revelen dónde guardan sus riquezas o a que paguen un buen rescate. Si son pobres, los venderemos como esclavos. En Panamá —concluyó— debe haber un botín más rico que estas pobres migajas que hemos hallado.

Sus oficiales saludaron con presteza y partieron a cumplir su misión. Morgan apretó los labios y se pasó un pañuelo por la rojiza cara. Su ambición le hacía creer que la riqueza de Panamá era mucho mayor y nada le detenía por su afán de lucro.

Al poco rato regresaron Brodeley, Macmanus y Halton, rodeando a un numeroso grupo de prisioneros, muchos de los cuales ostentaban heridas abiertas o vendajes ensangrentados. Henry los examinó atentamente y aquel que le parecía un hombre de buena posición, a causa de sus ropas o de su aspecto general, le hacía salir del grupo. Luego, señalando a los que había elegido, ordenó:

—Hacedles hablar.

Brodeley se adelantó al instante.

—Yo me encargo de eso.

Dio unas cuantas órdenes y cuatro bucaneros se apoderaron de

cada cautivo. Entre las risas de los demás filibusteros, los cautivos fueron separados y comenzó el tormento. Algunos fueron desnudados de cintura para arriba y atados a un árbol, donde les azotaban los proscritos. A oídos les colocaron astillas encendidas en las uñas y a un grupo les aplicaron tizones encendidos en los pies. Un bucanero de cabellos blancos se dedicaba a poner en práctica el tormento de los dados. Consistía éste en colocar un dado entre los dedos de la víctima y luego apretar con fuerza.

Los lamentos de las víctimas se mezclaban con las risotadas de los bucaneros, que se mofaban de su dolor, y con los gritos de pánico de las mujeres. Para las mentes turbias de los borrachos la escena del tormento era un espectáculo gracioso que despertaba su hilaridad.

A la luz de las antorchas y los faroles de la plaza, la escena semejava producto de un cerebro desquiciado. Sentados en el suelo, alrededor de un barril, se veía a los filibusteros, sucios, curtidos y manchados de sangre. Bebían vaso tras vaso con una mujer maniatada entre los brazos. Los cautivos, custodiados por algunos proscritos, presenciaban con impotencia el tormento al que se veían sometidos sus compatriotas, que se retorcían de dolor entre las carcajadas de los bucaneros.

Tan borrachos estaban los filibusteros que no se dieron cuenta de unas rojas llamaradas que se alzaban entre las sombras de la noche. Del mar soplaba un viento favorable que empujaba el fuego y las casas de madera era una presa fácil para el incendio. Las llamas se extendieron por la ciudad, con un hondo rugir que crecía por momentos.

Morgan pegó un brinco.

—¿Qué es eso?

Hooper, que era el único sereno, exclamó:

—¡La ciudad arde! ¡Los españoles le han prendido fuego!

Henry lanzó una blasfemia.

—Pronto —ordenó—. Evacuemos Panamá. Nos refugiaremos en la selva. Aquí nos abrasaríamos.

A toda prisa los bucaneros abandonaron la ciudad, cargando los cofres de joyas y los sacos de dinero y arrastrando a las cautivas. Algunos proscritos empujaban con las picas a los prisioneros. Apresuradamente salieron de la ciudad, refugiándose en la selva. Al

día siguiente emprendieron la marcha hacia el mar Caribe, a lo largo del istmo, donde les esperaban sus buques, que los transportaron hacia la Tortuga y Jamaica, cargados de riquezas, dinero y esclavos.

El incendio tan sólo causó una víctima entre los bucaneros. Aplastado por una pared, que nadie comprendió cómo se había desprendido, murió Jake Nutt, el sacrílego, el que capitaneaba al grupo que robó los vasos sagrados de la catedral y las joyas de la Virgen.

CAPÍTULO II

LA PRIMERA DAMA DE VIRGINIA

A muchas leguas de distancia por tierra y a varios días de navegación por mar, *lady* Arabella St. George se sentaba orgullosamente en un banco de cedro de la capilla más importante de Tamestown, capital de la colonia inglesa de Virginia, completamente ajena al horrible saqueo de Panamá, llevado a cabo por sus compatriotas, y muy lejos de suponer que la acción de un filibustero pudiera tener influencia en su vida.

Hacía un calor sofocante. Las calles polvorientas semejaban un horno y la ría aparecía tranquila como un lago. Los buques allí anclados no se movían y se hubiera dicho que el bosque de vergas estaba clavado en la tierra.

Era domingo y casi todo el mundo asistía en las capillas al servicio divino. En la más elegante de la ciudad, los bancos de cedro se veían ocupados por damas distinguidas, de trajes de muselina y sombreros de alas anchas adornados de plumas, y por atildados gentilhombres, cubiertos de cintajos y de encajes. Tan sólo los miembros de la aristocracia de la colonia asistían a aquella capilla.

El pastor, desde el púlpito, concluía un sermón, criticando la vanidad y el orgullo mundano. Pero de debajo del mismo púlpito y junto a la balaustrada del coro se alzaba un murmullo de jactanciosas conversaciones. Más de una vez, el Gobernador Berkeley debió revolverse en su sillón y dirigir furiosas miradas a los caballeros que turbaban, con sus murmullos, al predicador. Se habían situado allí, pues era un lugar muy a propósito para lucir su elegancia y contemplar a las mujeres. Mientras se comunicaban las

últimas noticias y cambiaban las tabaqueras, ofreciéndose un polvo de rapé, dirigían lánguidas miradas a las muchachas sentadas entre los fieles.

Cuando se acercó la oración final^[1], los barbilindos se abrieron paso entre el gentío para ser los primeros en llegar a la puerta. Una vez en la calle se colocaron a modo de guardia de honor a ambos lados de la capilla para no perderse ni un detalle. Apresuradamente, comprobaron si sus zapatos con hebilla de plata poseían el debido lustre y si sus medias de seda, generalmente color cereza, ajustadas a la rodilla por un manojo de cintas, tenían alguna arruga. Luego estiraron los puños de encaje de sus casacas de seda bordada y se alisaron las corbatas de raso. Luego agitaron los bucles de sus largas pelucas, que les llegaban hasta los hombros, moda introducida, por los franceses, y se calaron los anchos sombreros, engalanados de plumas y de cintas.

Por último se apoyaron en sus cañas de puño de oro.

La concurrencia comenzaba a salir de la capilla. Saludando a los barbilindos, que respondían con altanería, encaminándose a sus coches tirados por magníficos caballos y servidos por palafreneros negros. Aquellos que preferían ir a pie eran escoltados por un esclavo que sostenía un amplio parasol.

De pronto, todos los jovenzuelos se volvieron hacia la puerta, y de todos los allí reunidos se elevó un murmullo de admiración.

De la capilla acababa de salir una muchacha esbelta y rubia. Lucía un traje de muselina verde pálido, con el corpiño muy ajustado, que realzaba su busto, y las faldas ahuecadas. El amplio escote estaba ribeteado de fulard azul y descubría la piel sonrosada de sus hombros. Las mangas de farol le llegaban tan sólo hasta el codo y luego se ajustaban a sus esbeltos antebrazos. De una lluvia de encajes, salía su mano esbelta y fina, de uñas rosadas. Su semblante de facciones bien marca das poseía un aire orgulloso y distinguido. Del sombrero, adornado con cintas azules, caía su ondulada y rubia cabellera, a la que el sol arrancaba áureos destellos. Bajo las cejas finas y bien dibujadas aparecían sus ojos negros y vivaces, herencia de su madre Francesa.

La nariz era fina y de corte clásico, lo que daba a su rostro un aire de serena placidez. Los labios finos y bien dibujados se entreabrían contadas veces para mostrar sus dientes blancos, en una

fría sonrisa que, a la vez, enloquecía e intimidaba a sus adoradores. Se movía con parsimonia, sin apresurarse jamás, procurando mantener siempre una perfecta armonía en su persona.

Era *lady* Arabella St. George, que desde hacía dos años residía en la ciudad, habiéndose convertido en la primera dama de Virginia. Todos los jovenzuelos de la ciudad habían enloquecido bajo las miradas de aquella fría belleza que en ocasiones no parecía un ser humano, sino una estatua. Se aseguraba que el Gobernador Berkeley la amaba en silencio y, antes de cruzar los mares, cuando frecuentaba la corte de Saint James, un personaje, cuyo nombre se repetía en voz baja, muy allegado a los reyes, había pedido la mano de la desdeñosa y elegante *lady* St. George. Decían que la negativa de Arabella fué la razón por la que su tío, el mayor St. George, fué enviado a Virginia. No había en Jamestown y toda la provincia un gentilhomme que no estuviera dispuesto a cualquier sacrificio para lograr una de las raras sonrisas de Arabella y ninguno que no hubiera sacrificado diez años de vida para hacerla su esposa, pero esto era algo en lo que nadie se atrevía a soñar.

No resultaba muy sencillo intimar con la desdeñosa muchacha. Se requerían un apellido aristocrático y una gran fortuna, así como disfrutar de una brillante posición en la sociedad de Virginia. Por otra parte, exigía una bella figura a sus admiradores, así como una esmerada elegancia en el vestir y en el hablar.

De todos los barbilindos que esperaban a la puerta de la iglesia, los afortunados que gozaban de la amistad de *lady* Arabella se acercaron a la orgullosa muchacha, haciendo gentiles y graciosas reverencias.

—*Milady* —exclamó el joven Grey de Gracedieu—, cada día os presentáis más hermosa.

—¿Queréis decir que ayer dejaba mucho que desear? —preguntó *lady* St. George con frialdad.

El infortunado galán elevó los brazos al cielo.

—¡Libreme Dios de tamaño desatino! —se apresuró a añadir—. Quise tan sólo que supierais que hoy es muy superior vuestra belleza, lo que había yo juzgado, con mis pocas luces, que era algo imposible.

—Y cada día —aseguró el caballero Kent de Blair con una genuflexión—, nos tenéis más rendidos a vuestros pies.

Todos los caballeros hablaban con el ceceo que en la corte de Saint James se consideraba más elegante.

Arabella abrió su sombrilla verde y después de contemplar a los sudorosos jovenzuelos, declaró:

—Hace un hermoso día.

Se apresuraron sus admiradores a cantar las excelencias del clima y la benignidad del sol abrasador, pues la muchacha no toleraba que la contradijesen. Tampoco le resultaban agradables los hombres sofocados por el calor.

Uno de los jovenzuelos se apresuró a proponer:

—Podíamos pasear por la ría.

Arabella no respondió, aunque era esto lo que deseaba, y pareció dudar. Para convencerla definitivamente otro agregó:

—Ha llegado un buque de filibusteros. Aseguran que traen cosas hermosísimas. Podíamos ver lo que nos ofrecen esos bergantes.

Esto acabó de decidir a *lady* Saint Georges. Era una de las diversiones de las damas elegantes de Jamestown aguardar la llegada de una nave bucanera, cargada de botín y visitar el mercado que los piratas establecían en un bosque cercano a la ciudad. Podían de este modo adquirir ricas joyas y valiosos brocados a la mitad de precio de lo qué les hubiera costado en cualquier comercio. Pero era necesario apresurarse, ya que de otro modo los mercaderes compraban todo lo que los filibusteros traían.

La muchacha, rodeada por su corte de admiradores, echó a andar a lo largo de la ría, donde los buques permanecían anclados. Entre los marineros, de tez bronceada y ropas burdas, que paseaban por el puerto o se sentaban a la entrada de las tabernas, aquella comitiva de cintajos, sedas y plumas debía llamar la atención aunque *lady* Saint George no bastara para atraerse todas las miradas. Aunque Arabella ignoraba la existencia de aquella pobre gente, su admiración estaba muy lejos de molestarla, pero la consideraba como un tributo de la plebe a la nobleza.

Entre los marineros, artesanos y mujeres que llenaban el puerto se veía un buen número de granjeros que habían acudido a la ciudad desde sus alquerías situadas en los montes. Vestían camisas de lienzo, pantalones ajustados, medias blancas y zapatos de cuero. Ninguno olvidaba jamás su fusil, debido a los bandidos y a los indios que infestaban las montañas. Muchos de los bandidos eran

esclavos blancos, «convenanters»^[2] de Escocia y católicos irlandeses, que huían de la brutalidad de las plantaciones. Se veían también muchos cazadores de pieles, con ropas de gamuza al estilo piel roja, un gorro de zorra y el mosquete al hombro, y no faltaban indios bronceados y silenciosos que se envolvían con mantas multicolores.

Los aristócratas continuaron su marcha hasta que el puerto y la ciudad quedaron atrás y siguieron por un ancho camino que bordeaba la playa, donde las olas rompían perezosamente, centelleando bajo el sol.

Llegaron por fin a un bosque, que se alzaba sobre el mar, cuya brisa refrescaba la atmósfera y agitaba las ramas de los árboles.

Un gran gentío se congregaba allí. La mejor sociedad de Jamestown paseaba entre los árboles, mezclándose con los barbudos y sucios truhanes, que componían la tripulación, de la nave filibustera.

Los bucaneros habían establecido unos tenderetes donde se amontonaban las joyas, los brocados, los perfumes y las telas que vendían. Otros se acercaban a las damas, mostrándoles todo lo que contenía un zurrón que llevaban al costado.

Las elegantes damas y los distinguidos caballeros compraban lo que más les placía sin dedicar un recuerdo a las pobres víctimas a quienes había sido arrebatado y que descansaban en el fondo del océano o sufrían la esclavitud de las haciendas en Jamaica o de las colonias francesas.

Al llegar a la entrada del bosque, Arabella pareció titubear, pero el joven Grey de Gracedieu le aseguró golpeando la empuñadura de su espada:

—No temáis, *milady*, Esos rufianes no se atreverán a molestaros. Jamás encontré un rival digno de mi acero.

La muchacha continuó su camino y entró en el bosque. En verdad, se dijo, aquellos bergantes ofrecían cosas dignas del interés de cualquier señora.

—No comprendo —aseguró— cómo los españoles pueden perseguir a estos hombres que tan buenos servicios nos prestan.

CAPÍTULO III

EL CAPITÁN VILLEGAS IZA SU ESTANDARTE

Los alabarderos que montaban guardia ante el cabildo de Santo Domingo se cuadraron al ver llegar a un hombre joven, alto y esbelto, de elástica musculatura. Vestía de negro, y por encima de la casaca de terciopelo aparecía la blanca camisa de cuello abierto. Bajo el ancho, chambergo, adornado con una pluma, relampagueaban sus negros ojos. El moreno y enjuto, semblante aparecía contraído de furor y la capa azul que colgaba de sus hombros se veía alzada por el extremo de su tizona que él sujetaba con la mano izquierda.

Como un vendaval entró en el edificio, haciendo resonar sus altas botas de cordobán. A grandes zancadas se dirigió hacia una alta puerta junto a la que hacían de centinela dos alabarderos. El joven la abrió y entró en el salón de sesiones del cabildo.

Alrededor de una mesa se sentaban los personajes de dicha institución, presididos por el Gobernador y por don Juan Francisco de Montemayor, almirante de la flota de Barlovento.

Este último se puso en pie al ver al recién llegado y dijo:

—Señores, aunque sea innecesario, quiero presentarles al capitán don Diego de Villegas, marqués de Castro del Río, Grande de España y caballero de la Orden de Santiago.

El corsario se descubrió e hizo una breve reverencia.

—Vuestro servidor.

El almirante le invitó:

—Sentaos, señor capitán.

Villegas ocupó la butaca que le indicaba Montemayor y

principió la sesión del cabildo.

—Caballeros —dijo el Gobernador—, si os he convocado ha sido a petición del señor almirante y creo que lo mejor es cederle la palabra para que os exprese lo que desea.

Montemayor carraspeó un instante y comenzó a decir:

—Todos sabéis lo ocurrido en Panamá. Es cierto que ocurrió hace ya muchas semanas, pero desgraciadamente los medios de comunicación son muy lentos. Sin embargo, el saqueo de Panamá es una de las mayores injurias que se han inferido a nuestra dignidad. Los filibusteros vertieron sangre española y arrasaron una ciudad, tan sólo para saciar su sed de riquezas. Lo que era una población rica y próspera no es más que una ruina junto a la que los supervivientes lloran la pérdida de familiares que murieron o que han sido vendidos como esclavos. —Hizo una pausa y agregó—: Ayer noche tuve una pequeña conferencia con los jefes de mi flota, el capitán Villegas. Don Diego nos expuso su opinión para acabar con la piratería y formuló un plan de acción que fué aprobado por todos los jefes de la flota de Barlovento, incluyéndome a mí. Por desgracia, este proyecto requiere dinero y es ésta la razón por la que necesitamos de vuestro apoyo.

Un hombre grueso y pomposo, que sonreía desdeñosamente, preguntó:

—¿Y podemos saber cuál es este proyecto?

Montemayor le dirigió una torva mirada, Aquel hombre, Tomás Argüelles, era el mercader más importante de la ciudad, sin cuyo apoyo nada se podía hacer.

—El plan que propone el capitán Villegas es apoderarnos de Jamaica y de las colonias francesas.

Un murmullo de comentarios se alzó en la sala. Sin perder su empaque, preguntó Argüelles:

—¿Para qué necesitan nuestro apoyo?

—Para armar nuevos barcos de guerra. Las flotas inglesa, francesa y holandesa carecen de importancia en el Caribe, pero las tres reunidas, junto con «La Hermandad de la Costa», constituyen un poderoso enemigo. No podemos dejar desguarnecidos los puertos españoles, que serían presa fácil para los filibusteros y no existe mejor defensa que los buques contra un ataque por mar. Por esta razón es necesario armar nuevos barcos de guerra.

—¿Queréis decir que ocupando Jamaica y las colonias francesas se aniquilará a los piratas? —volvió a preguntar Argüelles.

Diego comenzaba a perder la paciencia, pero el almirante le detuvo con un ademán.

—Como explicaba ayer el capitán Villegas, la piratería fué siempre un mal de los mares alejados por donde navegan buques con mucha riqueza. En el Caribe siempre existieron, pero su fuerza no fué grande hasta que pudieron proveerse en un puerto donde las autoridades les albergaban. Si ocupamos las colonias enemigas desaparecerá «La Hermandad de la Costa» y los piratas quedarán reducidos a unas cuantas naves que podrán ocultarse en las islas deshabitadas.

—Si la piratería no ha de extinguirse... —intervino el mercader, pero Villegas le interrumpió furioso.

—Una cosa es el peligro que suponen algunos vagabundos que asaltan los buques que cruzan el mar y otra cosa es que estos vagabundos se conviertan en una fuerza auxiliar de naciones enemigas. Cuando los bucaneros pueden dirigirse a la Jamaica, a la Tortuga o a la parte francesa de nuestra isla, sin hablar de la Martinica y de Guadalupe, donde les abastecen de víveres y les proveen de armas y donde pueden carenar sus naves, es cuando el filibustero constituye una amenaza. Limpiaremos de piratas estos mares una vez les arrebatemos sus bases de aprovisionamiento.

Las duras palabras que el capitán lanzó como dardos sobre los pacíficos mercaderes impresionaron al auditorio. Durante unos segundos nadie habló, pero después Argüelles volvió a intervenir:

—Las palabras del capitán me confirman en mi opinión que el gasto que supondría equipar una flota auxiliar no sería compensado por los resultados, ya que no se eliminaría a los piratas.

—Pero quedarían muy reducidos en número, con lo que no se repetirían sucesos lamentables como los de Panamá —agregó Diego.

—No podemos cegarnos con el sentimiento —advirtió Tomás—. Debéis recordarlo, capitán, y la desgracia, que soy el primero en lamentar, que aflige a los habitantes de Panamá no debe impulsarnos a cometer locuras que más tarde lamentaríamos.

—¿Por qué razón íbamos a lamentarlo?

—Si atacamos Jamaica y la Tortuga, Inglaterra y Francia nos declararán la guerra. Holanda se colocará a su lado y la desgracia

asolaría nuestras posesiones.

Villegas se puso en pie y descargando un puñetazo sobre la mesa, gritó:

—¿Así los autores del atropello de Panamá deben quedar sin castigo? ¿Vuestra cobardía es tan grande que no queréis vengar la injuria que a todos nos han hecho? ¿Es que no os dais cuenta de que los bucaneros pueden envalentonarse de tal manera que repitan la hazaña en el mismo Santo Domingo?

Nadie respondió a estas preguntas, pero Tomás Argüelles sonrió con superioridad. El corsario tomó su chambergo y se encaminó a la puerta. Se detuvo un instante y le advirtió al mercader:

—Quiera Dios que jamás debáis arrepentiros de no haber perseguido a los piratas.

Salíó de la sala hecho una furia. La cólera le roía las entrañas y sentía un odio mortal hacia los mercaderes que le impedían vengar el saqueo de Panamá. Villegas sentía como propio el dolor de todos los que en aquella ciudad habían perdido a sus familiares y le enfurecía la afrenta que al orgullo español habían inferido los bucaneros. Era necesario darles un castigo que jamás olvidasen. De otro modo repetirían la hazaña. Las colonias de América debían bastarse a sí mismas, ya que la Península necesitaba todos sus soldados para defenderse de los ataques que continuamente le dirigían sus enemigos.

El capitán estaba dispuesto a infligir el castigo que los filibusteros merecían. Como soldado español sabía muy bien cuál era su misión en las Indias. Mantener y defender la paz y la civilización que mucho antes introdujeron los conquistadores. Si el poderío de España desaparecía en América, todas aquellas ciudades esplendorosas, aquel pueblo inmenso y compacto que se extendía desde las áridas tierras de Nuevo Méjico hasta la Tierra del Fuego, perderían su prosperidad y serían víctimas de la rapacidad de los comerciantes.

—¡Capitán Villegas!

Se volvió el joven para ver quién le llamaba. El almirante Monte-mayor marchaba a su encuentro. Se alegró Diego de que así fuese. Había formado un plan audaz y quería ponerlo en práctica.

—Excelencia —dijo—, os agradecería que me dierais licencia en mi cargo.

Don Juan Francisco arqueó las cejas.

—¿Os habéis desalentado? Comprendo que os doliese la cerrazón y la mezquindad de esos mercaderes. A veces me he preguntado si merecen que los soldados mueran para defenderles. Pero vos sois un veterano, capitán. Conocéis muy bien cuáles son los deberes de un soldado. Debemos seguir defendiendo el pabellón de nuestro Rey, pese a quien pese.

—No es eso, excelencia —aseguró Diego—. Conozco muy bien mi deber. Pero no puedo tolerar que el crimen de Panamá quede impune.

Montemayor se caló el chambergo y echó a andar.

—¿Y cuál es vuestra intención?

—Pienso dirigirme por mi cuenta a dar el castigo que se merecen los bucaneros.

—¿No os importa convertirlos en pirata?

Diego se estremeció.

—Estoy dispuesto a aceptar la responsabilidad que pueda atraerme.

Montemayor le miró de soslayo y tras una pequeña pausa preguntó:

—¿Y si pudierais hacerlo en nombre del Rey de España?

Villegas se detuvo, volviéndose hacia su interlocutor.

—¿Cómo habéis, dicho?

—Yo no me opongo a que se castigue a los bucaneros. No se podrá realizar vuestro plan de apoderaros de las colonias francesas e inglesas, pero estoy dispuesto —a daros dos buques para que os acompañen en vuestra expedición.

Diego sonrió.

—Gracias, excelencia. Será mejor que vaya yo solo, pues tan sola la rapidez puede darme el triunfo.

—¿Cuál es vuestro plan?

—Pienso dirigirme a Jamaica. La expedición que asoló Panamá era inglesa y no francesa, por tanto atacaré Port Royal en vez de la Tortuga. Todo navío inglés o bucanero que se cruce conmigo será asaltado. Luego me dirigiré a Jamestown, en la Virginia.

—¿En la Virginia? ¿No creéis que es un plan demasiado arriesgado?

—No sé, excelencia, pero con la ayuda de Dios saldremos

adelante.

Montemayor tendió la mano.

—Que la suerte os acompañe, capitán Villegas.

* * *

La obscuridad de la noche era rota por los fanales de «El Antillano». En cubierta los hombres ejecutaban la maniobra con rapidez.

Un gran número de curiosos había acudido al muelle para ver partir a los aventureros del capitán Villegas que se hacían a la mar.

La voz del contraмаestre Azogue se alzó sobre el barullo de la cubierta:

—En el nombre de Dios... ¡larguen!

Los marineros comenzaron a estirar de las cuerdas, mientras «salomaban» para seguir el mismo ritmo:

«Oh, San Pedro-gran barón,

Oh, di

Roma-está

el perdón,

Oh, San Pablo-son compañeros.

Oh, que ruegue-a Dio por nos,

Oh, por nosotros-navegantes,

Oh, este mundo-somos tantes».

Los corsarios, acodados en la borda, saludaron a los que quedaban en tierra y el galeón se fué alejando del muelle.

En el puente, Villegas se atusaba el bigote, mientras se entregaba a sus reflexiones. Nadie de la tripulación ignoraba cuál era el objetivo de aquella salida. Iban a vengar a los muertos de Panamá. Habría luchas, sangre y estocadas para todos. Se repetían sonriendo los corsarios que no había mejor vida que la que ellos disfrutaban.

Juan Pérez de Lerma, alférez de los corsarios, se acercó a su capitán, haciendo sonar las espuelas que siempre calzaba, incluso a bordo. Sus altas botas y sus ropas de terciopelo blanco no mostraban ni una imperfección. El joven sonrió a Villegas.

—Salimos —dijo— en la mejor expedición que hasta ahora

hemos emprendido. La suerte nos acompañará.

Martín Ohando daba órdenes sin cesar. Los corsarios limpiaban los coseletes, las aladas, y las armas.

Villegas se volvió a su escudero, Pedro Fajeda.

—Iza nuestro estandarte de combate —ordenó—. Desde este momento la guerra está declarada.

CAPÍTULO IV

COMIENZAN LAS HOSTILIDADES

El vigía gritó con todas sus fuerzas:

—¡Buque a la vista!

El contraмаestre se llevó el silbato a los labios y lanzó la aguda llamada de «alarma». Los centinelas que paseaban por la cubierta se detuvieron y, protegiéndose los ojos con las manos, examinaron la nave que aparecía en el horizonte.

Como respuesta a los silbatos de Azogue, se oyeron las voces del sargento Leyden y del condestable Matholi que daban prisa a los hombres; luego un fuerte rumor de pasos y, por último, los corsarios aparecieron sobre cubierta, con las armas en la mano, dispuestos a entrar en combate. El sol arrancaba destellos de las picas, de los arcabuces y de los aceros. Los coseletes y las celadas despedían azulados centelleos.

Fajeda corrió a la cámara de popa para avisar a los oficiales y, al poco tiempo, Villegas, Pérez de Lerma y Ohando salieron a cubierta, ajustándose el tahalí que sostenía la tizona. Al cinto lucían las pistolas. Iban en mangas de camisa, y sobre el blanco lienzo resaltaban sus rostros bronceados.

Mientras Leyden y Azogue colocaban a los arcabuceros y a los marineros, Pérez de Lerma distribuyó a los de las picas, para estar dispuestos al abordaje.

Matholi, en el entrepuente, dirigía a sus subordinados que disponían los cañones para iniciar el combate. Por cubierta corrían los artilleros, preparando las piezas o distribuyendo las municiones.

En el palo mayor ondeaba el estandarte azul, con la Cruz de

Santiago, quemado por el sol y atravesado por balas enemigas.

El capitán tomó el catalejo y observó el otro buque. En su semblante apareció una sonrisa de salvaje alegría.

—Enarbola la bandera de las tibias y la calavera.

Un grito prolongado se escapó de todos los pechos. Iba a comenzar la guerra, que el capitán Villegas había declarado a los ingleses, para vengar a los muertos de Panamá.

Ohando dio las órdenes oportunas y los marineros, con los machetes y las pistolas al cinto, comenzaron a encaramarse por las cuerdas ejecutando la maniobra. Los arcabuceros cargaban sus fusiles, los artilleros soplaban las mechas encendidas y Pérez de Lerma observaba a sus piqueros que negligentemente, se apoyaban en sus armas.

El combate empezaría de un momento a otro.

* * *

La nave filibustera surcaba el mar, buscando alguna presa en la que descargar su crueldad. No habían tenido mucha suerte y desde que salieron de la Tortuga no encontraron buque alguno que les ofreciese probabilidades de botín.

El capitán se sentía inquieto. La hazaña de Henry Morgan en Panamá había excitado a todos los bucaneros. Deseaban fáciles empresas que les rindieran una buena recompensa. Los jefes filibusteros que no lograsen proporcionarles riquezas en abundancia se verían abandonados por sus hombres, que aumentarían la tripulación de Morgan, quien, desaparecido François

L'Olonais,

era el bucanero de más prestigio de toda «La Hermandad de la Costa».

El vigía informó que a estribor se veía una nave. El capitán tomó el catalejo y la observó con atención. Era, sin duda alguna, un galeón, y, como era de esperar, en la popa ondeaba la bandera de España. Era la ocasión que había esperado. Aquel navío debía ir cargado de riquezas y se cruzaba en su camino para ofrecerle el botín que le haga falta.

—¡Preparad las piezas!

Los artilleros ocuparon sus puestos, mientras los demás bucaneros afilaban los machetes, disponiéndose a un abordaje en el

que esperaban ganar mucho.

Tendieron las velas para dirigirse al ataque y, con gran sorpresa de todos, vieron cómo el galeón salió a su encuentro. Los bucaneros rompieron a reír. Aquellos locos se entregaban a sus garras.

El capitán ordenó:

—Los mosqueteros a sus puestos.

Obedecieron los aludidos, mientras sus compañeros blandían los machetes. Las dos naves se aproximaban sobre las refulgentes y azules aguas del Caribe.

De improviso, una andanada partió del galeón. La nave filibustera se estremeció al impacto de las balas, crujieron los mástiles al ser alcanzados por los cañonazos y, con infinitos lamentos, se rasgaron las velas. Los bucaneros quedaron asombrados. No esperaban que los españoles tomaran la iniciativa. Una nueva descarga derribó el trinquete y rompió los juanetes del palo mayor. Cayeron los aparejos, matando a varios filibusteros. Los demás comenzaron a limpiar la cubierta.

El capitán enfiló con su catalejo el galeón, que se acercaba, vomitando fuego y acero. En lo alto de las velas ondeaba un estandarte azul quemado por el sol.

El filibustero lanzó una maldición.

—¡Es el capitán Villegas! ¡Estamos perdidos!

* * *

Diego amartilló las pistolas y comprobó que su tizona salía con facilidad de la funda.

Las andanadas que disparaba «El Antillano» sacudían al galeón. En sus puestos, los artilleros cargaban las piezas con rapidez y, a la voz de Matholi, aplicaban la mecha a los cañones.

Las baterías de cubierta las dirigía un cabo, ayudante del condestable.

Los arcabuceros aguardaban el momento de abrir fuego y los piqueros permanecían inmóviles en sus puestos. Los marineros, bajo la atenta vigilancia del contra maestre, ejecutaban a toda prisa, pero a conciencia, las órdenes de Ohando.

Lentamente los dos buques se fueron acercando. En el galeón, entre los estampidos de las armas, se oían las voces de Martín y de Azogue. Muy pronto fué posible distinguir a simple vista los

semblantes de los bucaneros, que se aprestaban a la defensa, cuando creyeron ser los asaltantes. Los cañones de «El Antillano» disparaban sin cesar, enviando descargas sobre el maltratado navío pirata.

Villegas hizo una seña al sargento Leyden. Gustavus gritó a sus hombres:

—¡Abran: fuego, caballeros del arcabuz!

Encaramados en las vergas, ocultos tras la borda y apostados en los lugares desde donde podían hacer mejor blanco, los arcabuceros comenzaron a disparar. No hacían fuego por descargas, como en las batallas, sino que cada uno elegía una víctima y disparaba sobre él, derribándole certeramente.

Los cañones rugían sin cesar y el buque filibustero había comenzado a responder a las andanadas.

Lentamente se acercaren las dos naves. Azogue ordenó a los marineros:

—¡Lancen los garfios!

Las diminutas anclas cruzaron los aires haciendo presa en la borda. Los corsarios comenzaron a tirar, acercando las dos embarcaciones. Intentaron los filibusteros cortar las cuerdas de los garfios, pero el fuego certero de los arcabuces españoles les formaban un círculo de muerte a su alrededor.

Los cañones disparaban sobre las portañolas enemigas, y en varias ocasiones los artilleros hicieron fuego con sus pistolas sobre los servidores de las piezas contrarias.

De pronto callaron los cañones del corsario. Los cascos de las dos embarcaciones chocaron y, entonces, a un grito de Mathofli, dispararon una seca andanada. Algunas balas se estrellaron contra las maderas de la nave, reventándola hecha astillas y otras, como esperaba el condestable, entraron por las portañolas piratas, destrozando las piezas y matando a sus servidores. Al instante, los artilleros españoles empuñaron sus machetes y sus pistolas y se lanzaron por las portañolas, abriéndose paso a tiros y a golpes por las estrechas aberturas.

En cubierta, los hombres se abalanzaron sobre la borda. Villegas blandió su tizona en el aire y gritó:

—¡Santiago y cierra España! De un salto cayó en el buque enemigo. Detrás, como una tromba, saltaron los piqueros, arma en

ristre. Pérez de Lerma les animaba, mientras repartía tajos y estacadas.

Con los cabellos flotando al viento y los ojos llameantes, Diego describió un círculo de muerte a su alrededor. Junto a él, guardándole las espaldas, Fajeda descargaba mandobles sobre los bucaneros que se acercaban demasiado.

La ola de picas arrolló a los filibusteros, haciéndoles retroceder. Los arcabuceros, marineros y artilleros, con las espadas y los machetes desnudos, seguían saltando sobre la nave pirata.

Con rapidez se desplegaron sobre cubierta, acuchillando sin piedad a los bucaneros. Éstos procuraban mantenerse unidos, pues tan sólo presentando una barrera de acero podían resistir la furia española.

De pronto, se oyó un griterío ensordecedor y por las escotillas aparecieron, enarbolando sus machetes, los artilleros guiados por Matholi.

En el entrepuente y por los pasillos habían batido a los servidores de las piezas enemigas y en aquel momento subían a bordo para ayudar a sus compañeros.

Apresados entre dos fuegos, los piratas perdieron la serenidad. Aterrorizados, corrían de un lugar para otro, perseguidos por unos sonrientes diablos morenos.

Villegas saltó al puente, desde donde el capitán filibustero daba órdenes a sus hombres. Al ver a Diego blandió su espada. El corsario se lanzó al ataque, sintiendo la salvaje alegría de enfrentarse con la muerte.

Chocaron los aceros y la lucha comenzó. El bucanero era fuerte y acostumbrado a vivir confiando en su destreza en la esgrima, pero debía enfrentarse con el mejor tirador de los cinco mares.

Villegas se batía con denuedo, y según la escuela española, dirigiendo estocada tras estocada a su enemigo.

El bucanero se sentía acorralado, defendiéndose con desesperación. En vez de una espada creía encontrarse ante diez que por todas partes le atacaban.

De pronto, Diego rasgó con la punta de su acero la mejilla de su rival. El pirata palideció. Nadie en el Caribe ignoraba lo que representaba un tajo en el carrillo dado por el capitán Villegas. Era la muerte. Enloquecido, el filibustero se lanzó a fondo, buscando el

cuerpo del español con su espada. Pero el corsario desvió el acero y, de una tremenda estocada, atravesó el corazón de su enemigo.

Entonces Villegas se volvió para ver cómo continuaba la batalla. Sus hombres acorralaban a los últimos bucaneros, que se defendían débilmente. Algunos habían sido desarmados y los españoles les rodeaban, amenazándoles con sus armas. Los heridos se arrastraban por cubierta, palpándose las heridas.

Al poco rato todos los piratas habían depuesto las armas. Diego bajó del puente, con la tizona desnuda en la mano. Su aspecto sobrecogió a los cautivos. Sobre la camisa blanca destacaba su curtido semblante chamuscado de pólvora, que enmarcaban sus negros cabellos. Formaba una figura sombría como la muerte. Sus labios formaban una línea recta y sus ojos parecían dos carbones encendidos. Señaló las vergas que aun quedaban en pie con la tizona y dijo:

—¡Colgadlos!

No fué necesario que diera más indicaciones. Los corsarios se apoderaron de los filibusteros y pasaron unas cuerdas por las poleas.

A los pocos minutos, los bucaneros pendían en el aire, balanceándose como trágicos péndulos.

Los corsarios regresaron a su nave, dejando al buque pirata a la deriva, pero Diego había prendido una nota en el pantalón de uno de los ahorcados que decía:

«El capitán Villegas los ha colgado por filibusteros y como represalia al saqueo de Panamá».

La nave bucanera quedó sola en el mar Caribe con su fúnebre tripulación de muertos y de ahorcados.

CAPÍTULO V

PORT ROYAL

«El Antillano» continuó su travesía por el Caribe, en ruta hacia Jamaica. Por el camino halló otras dos embarcaciones piratas y sus tripulantes sufrieron igual sino que el primer buque que se cruzó con el galeón, pero en uno de ellos, los heridos curaron, logrando conducir su nave hasta la Tortuga, donde relataron el ataque del capitán Villegas. Un bucanero francés encontró en alta mar un navío con sus racimos de ahorcados colgando de las vergas y el aviso prendido en la pierna del cadáver del capitán y dio la noticia en la Tortuga.

«La Hermandad de la Costa» se estremeció como si va sintieran alrededor de sus cuellos las corbatas de cáñamo y desde entonces las naves filibusteras temían la aparición en el horizonte de un estandarte azul:

Mientras, Villegas se acercaba a Jamaica. Las demás colonias inglesas, denominadas islas de Sotavento e islas de Barlovento, no eran más que unos archipiélagos, compuestos por muchos islotes pero de poca extensión, en los que se reunían un gran núcleo de habitantes. Casi toda la población eran hacendados, granjeros, pescadores y cazadores que no hubieran podido oponer una gran resistencia a los corsarios y por lo cual Diego no los consideraba dignos de su atención. Prefería dirigirse a Pon Roy, capital de Jamaica, y la ciudad más importante de las Indias Occidentales británicas.

Las dos o tres fragatas que constituían la flota inglesa en el Caribe, se encontraban casi siempre en dicho puerto y nunca habían

de faltar algunas naves filibusteras cuyos tripulantes vendían en Port Royal el botín conquistado. Al anochecer se acercaron a la bahía de Kingston, donde se alzaba Port Royal. El galeón se deslizó sobre las aguas que el sol mortecino y escarlata teñía de rojo.

En cubierta se encontraban todos los tripulantes de «El Antillano» armados para la lucha. Los arcabuceros se ocultaban detrás de la borda dispuestos a abrir fuego, los piqueros formaban a las órdenes de Pérez de Lerma, preparados para el desembarco, los artilleros soplaban, las mechas junto a los cañones que las cerradas portañolas ocultaban a los ojos del enemigo y los marineros ejecutaban las maniobras que ordenaban Ohando y Azogue.

Villegas, en el puente, con la tizona y las pistolas, se preparaba para la lucha. No sólo le traía a Port Royal el deseo de asaltar una ciudad inglesa como represalia por el saqueo de Panamá. Además no ignoraba que en las plantaciones cercanas a la capital muchos españoles gemían bajo el látigo de la esclavitud. Intentaría libertar a todos los que pudiera y enviarlos a Cuba, la posesión española más cercana a Jamaica. Existía también otro motivo. Le constaba a Villegas que Henry Morgan, el hombre que saqueó Panamá, era muy bien recibido por Lord Fromby, Gobernador de la isla.

Un vigía, encaramado en las vergas, avisaba de lo que iba viendo. Según sus informes actuaban los corsarios.

Había arriado la gran vela cuadrada del trinquete, pues ésta es lo primero que se ve de un buque desde tierra y el corsario no deseaba que nada pudiera delatar su presencia en Port Royal.

La lona del galeón se hallaba tendida al viento y la nave se deslizaba hacia tierra. Los marineros se agruparon en cubierta, esperando el instante en que su actuación fuese necesaria.

Un pesado silencio se extendía sobre la embarcación corsaria, roto únicamente por los crujidos del velamen. Todos se hallaban pendientes de las palabras del vigía. Nadie hablaba. No era necesario dar instrucciones. Los corsarios conocían muy bien su profesión.

El vigía anunció:

—¡Port Royal a la vista!

Sonrieron los artilleros, soplando las mechas. Sobre ellos pesaba la parte más importante del combate. Demostrarían a su capitán que podía confiar en ellos.

La luz del atardecer se cernía sobre el mar y sobre las playas doradas. La bruma gris se extendía ante los ojos de los hombres, velándoles la vista.

Nuevamente habló, el vigía:

—¡En el puerto se divisan cinco buques!

Villegas hizo un gesto de decepción.

—¿Cinco nada más? —le dijo a Ohando—. Creí que podríamos destruir más naves enemigas.

—Quizá el vigía se equivoque —opinó Martín—: Aunque es una buena hazaña hundirles cinco naves en su propio puerto.

Fajeda intervino.

—Yo creo que podemos fiarnos del Tuerto. Jamás se ha equivocado.

El Tuerto, a causa de que con un ojo veía más que los otros con dos, era siempre elegido para ejercer las veces de vigía en circunstancias extraordinarias.

De las aguas, fué surgiendo Port Royal a la vista de los corsarios. Con sus iluminaciones que se distinguían en la penumbra del crepúsculo, sus edificios enjalbegados, el fuerte con sus troneras en las que descansaban los cañones. Lentamente, «El Antillano» se fué acercando al puerto. En los muelles se veían detenidas cinco embarcaciones. Dos eran fragatas de guerra, de la flota inglesa sin duda alguna. Otro era un bergantín mercante y los restantes eran buques armados, pertenecientes sin duda alguna a los filibusteros.

La excitación que precede a los combates se apoderó de los aventureros del mar. Deseaban que concluyese aquel intervalo y que principiase la lucha. El primer disparo rompería la tensión, lanzándoles a una salvaje embriaguez.

Uno de los buques armados, por una rara casualidad, se encontraba fondeado en el centro de la bahía.

La orden de Villegas fué terminante:

—Respetad a ése.

El galeón siguió adelante hasta encontrarse a tiro del puerto. Las naves allí ancladas no representaban un peligro, ya que sus tripulantes debían encontrarse en tierra. El peligro lo constituía el fuerte, pero el capitán Villegas sabía muy bien que la audacia es la mejor arma en la guerra. Por otra parte, los galeones, debido a su gran envergadura, podían transportar piezas de mayor calibre que

las otras embarcaciones, de modo que la ventaja que podía representar la fortaleza quedaba en parte compensada.

Se encontraban ya muy cerca del puerto, Era el momento de comenzar la lucha y hundir las naves antes de que sus tripulantes pudieran apoderarse de ellas y maniobrarlas contra «El Antillano».

Villegas alzó el brazo en el aire y lo bajó con rapidez:

—¡Fuego!

Tronaron los cañones de cubierta, enviando descargas sobre las naves enemigas. Unas bolas de fuego cruzaron el aire, cayendo sobre las embarcaciones. Las baterías del entrepunte dispararon sus andanadas y nuevos bólidos ígneos cruzaron el aire, cayendo sobre las cubiertas. Casi inmediatamente, de las embarcaciones comenzó a salir humo. Los corsarios habían cargado las piezas con carbones encendidos para quemar los buques contrarios. Muy pronto las llamas comenzaron a elevarse de la cubierta y a lamer los mástiles.

«El Antillano» cruzó a través de las embarcaciones fondeadas en Port Royal desparramando, fuego. Los cuatro navíos fueron bombardeados con plomo y con carbones. Inexorablemente les destrozaron la línea de flotación, mientras por las cubiertas descargaban una lluvia de fuego.

Después, dejando atrás las cuatro antorchas gigantes que teñían el agua de rojos resplandores, los corsarios se dirigieron hacia la fortaleza.

En el puerto se veía un gran alboroto. Corrían alocadamente los transeúntes, alejándose de aquella tempestad de acero y de fuego que, inesperadamente, estallaba sobre la ciudad, Por las calles acudían grupos de hombres armados y dos compañías de mosqueteros.

Villegas los observó con el catalejo y en sus labios resplandeció una sonrisa feroz. Los hombres armados eran indudablemente bucaneros. Sobre ellos caería gran parte del castigo por el saqueo de Panamá.

Los defensores de Port Royal formaron barricadas en el puerto con sacos y con carruajes, parapetándose detrás de ellos.

El corsario dio unas órdenes y el galeón viró su rumbo, acercándose a tierra.

Pasó ante el muelle ametrallando las trincheras con sus cañones.

En el puerto quedaron los defensores de la ciudad, retorciéndose sobre su sangre o amontonados sobre los derruidos parapetos.

Entonces «Él Antillano» se enfrentó con la fortaleza, que ya había comenzado a disparar. Sus cañones, cargados con balas de acero, bombardeaban sin descanso el fuerte. Los artilleros, hábilmente adiestrados por Matholi, dirigían el fuego hacia las troneras desde las que disparaba la artillería inglesa. Saltaban en el aire las piedras, destrozadas por los españoles. Las murallas eran rotas y los británicos morían aplastados por sus mismas defensas.

La noche comenzaba a caer sobre la bahía en la que tan sólo un bergantín se mantenía en pie. Todo lo demás había sido barrido por la artillería de los corsarios.

En la ciudad, los bucaneros habían informado de que el galeón que atacaba era «El Antillano», del capitán Villegas, y los habitantes de Port Royal temblaban de miedo.

El bombardeo continuó inexorablemente hasta que de las ruinas que fueron la fortaleza se alzó una bandera blanca.

—¡Alto el fuego! —ordenó Diego.

Callaron los cañones del galeón y el humo de la pólvora, al no ser renovado, se disipó lentamente.

—No vayas a tierra —se apresuró decir Ohando—. Si quieren parlamentar que vengan ellos a bordo.

Como si hubieran comprendido las palabras, una lancha se destacó Puerto. En la proa se veía a un hombre que enarbolaba la bandera de emisario. A pesar de que era ya noche cerrada, los buques incendiados y algunas viviendas que ardían esparcían sobre las aguas un rojo resplandor.

La lancha llegó junto al galeón y dos hombres subieron por la escala de madera que, previamente, Diego había mandado preparar. Uno de los dos visitantes era de mediana estatura, corpulento y de facciones duras y desagradables. Vestía como un gentilhombre en tanto que el otro, más joven y de aspecto más elástico, lucía la casaca de oficial de mosqueteros.

Este último, al subir a cubierta, preguntó:

—¿Dónde está vuestro capitán?

Diego salió al encuentro de los recién llegados.

—Yo soy y ¿con quién tengo el honor de hablar?

—Lord Fromby, Gobernador de Jamaica —declaró el oficial de

mosqueteros, presentando a su acompañante.

Villegas se inclinó cortésmente. El aristócrata le devolvió el saludo.

—¿Podríamos ir a vuestra cámara?

Asintió el corsario y, acompañado por Ohando, se dirigieron a su camarote. Fajeda les precedía sosteniendo un farol, ya que la iluminación interior en las naves antiguas era muy deficiente.

El mosquetero contemplaba con admiración a los curtidos y semidesnudos españoles y como un soldado que era, reconocía su pujanza y su vitalidad.

Lord Fromby le dijo al capitán:

—No comprendemos vuestro ataque. Inglaterra está oficialmente en paz con España.

—En Panamá me temo que no lo creerán así —respondió Diego.

—El saqueo de Panamá fué obra de los bucaneros.

—Y el ataque a Port Royal de los corsarios —acabó el español.

—Entonces —exclamó el Gobernador—, ¿sois en efecto el capitán Villegas?



—¡Fuego!

—Ése es mi nombre.

Entraron en la cámara y el corsario les indicó unas sillas. Cuando todos se hubieron sentado, Diego dijo:

—Si no me equivoco, habréis venido a tratar de las condiciones de rendición, caballeros.

Lord Fromby asintió con tristeza.

—Supongo que deseareís un rescate para marcharos de Port Royal.

—En efecto, pero también pienso exigir ciertas condiciones.

—Sepamos cuáles son.

—El rescate que pido por la ciudad —explicó Villegas— son cincuenta mil libras.

Lord Fromby y el oficial de mosqueteros le miraron aterrados. Iban a hablar pero el corsario no lo permitió.

—En Port Royal se da albergue a los bucaneros. El propio Morgan, autor del saqueo de Panamá, ha sido recibido aquí con frecuencia. Así pagarán los vecinos de este puerto la ayuda prestada a los piratas. Las condiciones que exijo son que sean puestos en libertad los esclavos españoles que se encuentren alrededor de la ciudad. Digamos en una circunferencia de treinta leguas. Además, sé que se encuentran fondeadas aquí dos naves filibusteras. Exijo que me entreguen a sus jefes.

—Pero esto es imposible —protestó lord Fromby—. Los bucaneros no se avendrán a entregar a sus capitanes a una muerte cierta.

Sonrió Villegas con burla.

—Elegid —dijo—. O aceptáis mis condiciones o arraso la ciudad y como he destruido la fortaleza carecéis de medios para impedirlo. De modo que estáis en mis manos. Recordad que puedo desembarcar a mis hombres y ordenarles que saqueen Port Royal.

Al oír esto, Fajeda y Ohando sonrieron como si desearan que lord Fromby no se aviniera a las condiciones que le exigía su capitán.

El oficial de mosqueteros intervino:

—Sin embargo, en tierra, entre los bucaneros y los soldados podríais ser vencidos.

Martin descargó un puñetazo sobre la mesa.

—¿Os agradaría probarlo?

Los dos ingleses abatieron la cabeza. Se encontraban, en efecto, en manos del corsario.

—¿Cuándo deseáis la respuesta?

—En el plazo de una hora.

Se pusieron en pie, disponiéndose a subir y Fajeda dijo:

—Señor capitán, quedaos a ese Gobernador como rehén. Así no

intentarán ninguna traición.

Villegas le impuso silencio con un ademán.

—¿Ignoras que un parlamentario es sagrado?

CAPÍTULO VI

PLANES PARA EL FUTURO

Villegas consultó a las estrellas, A su lado, Pérez de Lerma exclamó:

—Ya ha pasado la hora. ¿Reanudamos el ataque?

Diego asintió.

—Que preparen las piezas.

—Están preparadas hace tiempo —advirtió Luigi Matholi.

—Entonces...

La voz del Tuerto le interrumpió:

—Se acerca una lancha.

Se asomaron todas a la borda. Se oyó con claridad el rumor de los remos y un fanal, alzado sobre las aguas, rompía la obscuridad de la noche. A la luz de la luna plateada pudieron distinguir un bote que se acercaba al galeón.

El oficial de mosqueteros subió por la escala. Cuando se encontró ante Villegas, dijo sencillamente:

—Las condiciones han sido aceptadas.

* * *

Amanecía lentamente. La obscuridad de la noche había dado paso a una bruma lechosa y ésta se fué diluyendo ante una rosada claridad que iba adquiriendo fuerza hasta convertirse en un sol claro y fresco. La ciudad, el puerto con los restos de los buques, las viviendas incendiadas y las ruinas de la fortaleza se fué distinguiendo con claridad.

Los tripulantes de «El Antillano» aguardaban pacientemente a que el nuevo día adquiriese todo su esplendor. Algunos dormían

junto a los cañones, apoyados en la borda, reclinando la cabeza en un rollo de cuerdas. Los centinelas ocupaban sus puestos sin dar muestras de fatiga y los demás charlaban alegremente y parpadeaban al ser heridas sus retinas por los rayos del sol del amanecer.

Villegas paseaba incansablemente por cubierta. Faltaba una hora escasa para que el Gobernador de Jamaica cumpliera el pacto. Diego comprendía que lord Fromby había simulado aceptar sus condiciones para ganar tiempo y prepararle una trampa. En ese caso no tendría compasión. Arrasaría la ciudad. Fajeda exclamó:

—Se reúne mucha gente en el puerto.

El capitán se acercó a la borda y enfiló su catalejo. Efectivamente, una gran muchedumbre aparecía agrupada en los muelles. Pudo distinguir a lord Fromby, al oficial de mosqueteros y a varios marinos. Unos soldados custodiaban a cuatro hombres maniatados de aspecto patibulario. Los demás vestían harapos y se cubrían los cabellos con sombreros de paja. Figuraban también varias mujeres. Eran seguramente los esclavos liberados. Sin embargo, podía tratarse de una estratagema para tomar el galeón. Diego ordenó a Ohando:

—Que toquen alarma.

Martín hizo una seña y el pífano y el tambor esparcieron sus notas por el buque. Al instante se despertaron los que dormían y todos corrieron a ocupar sus puestos. Matholi cursó sus órdenes y los cañones enfilaron las lanchas que partían de los muelles.

Las ligeras embarcaciones se acercaron a «El Antillano».

Villegas se asomó a la borda.

—Detengan la marcha.

Las lanchas obedecieron al instante. Inmediatamente los arcabuceros enfilaron los botes con sus armas.

—Que se acerquen de uno en uno —ordenó Diego.

El bote ocupado por lord Fromby se llegó hasta el galeón. Sus ocupantes subieron a cubierta.

Desde otra de las lanchas un joven bronceado les gritó a los arcabuceros:

—¿Es cierto que sois españoles?

—¿No ves nuestra bandera?

—Sí, pero no podía creer que la maldita esclavitud hubiera

concluido —agregó él.

—Pues estáis todos en libertad.

Los cautivos prorrumpí ero en gritos de «Viva el Rey». Agitaban sus sombreros en el aire y saludaban con la mano a los corsarios. Las mujeres lloraban de alegría.

Lord Fromby y sus acompañantes subieron a bordo. Transportaban varios cofres, cargados de monedas y de joyas, que depositaron en la cubierta del buque. También subieron los cuatro bucaneros maniatados.

El Gobernador se descubrió con tristeza.

—Hemos cumplido nuestro convenio. Podéis contar el contenido de los cofres. —Luego, señalando a los presos, añadió—: Ésos son los jefes de las dos naves bucaneras ancladas en nuestro puerto.

—Al parecer —dijo Villegas— no hubo dificultad en apresarlos.

—Sus propios hombres los entregaron —confesó el oficial de mosqueteros.

—Y aquéllos —concluyó el Gobernador, indicando a los que esperaban en las lanchas—, son los esclavos españoles.

Diego se acercó a la borda.

—Dirigíos hacia aquel buque —ordenó señalando la única embarcación que se mantenía en pie—. En el podréis dirigiros a Cuba.

Uno de los esclavos se puso en pie.

—¿Sois el capitán Villegas?

—En efecto.

—¿Puedo acompañaros? He sido soldado y quiero devolver algunos golpes que he recibido.

El corsario asintió.

—Todo el que lo desee puede entrar en la tripulación de «El Antillano».

* * *

El galeón surcaba las aguas azules del Trópico. Jamaica quedaba ya muy lejos.

Los esclavos españoles habían embarcado en el bergantín y habían zarpado rumbo a Cuba. Los jefes bucaneros habían sido ahorcados y Port Royal quedó sumida en su derrota. Sin embargo, habían tenido suerte. Panamá había sufrido más.

Unos cincuenta esclavos se sumaron a las fuerzas del corsario, decididos a tomar parte en aquella guerra que Villegas había declarado a los ingleses.

Continuó el galeón su marcha. De pronto el vigía gritó:

—Tierra a estribor.

Villegas, el piloto y Pérez de Lerma subieron al puente. Los corsarios se agolpaban en la borda o se encaramaban en las jarcas, contemplando la tierra anunciada por el vigía.

Diego y Martín enfocaron los catalejos. La tierra se encontraba muy lejos, pero pudieron distinguir un poblado y una elevada construcción de piedra blanqueada sobre la que ondeaba una bandera blanca con la cruz de San Jorge sobre la cruz de San Andrés^[3].

—Es el archipiélago de las Bahamas —dijo Ohando—. Ésta debe ser la isla de Nueva Providencia, donde los ingleses han establecido unas colonias.

Diego apartó el catalejo de sus ojos.

—¿Es próspera esta colonia?

—Sí lo es —aseguró el piloto—. Se dedican a la agricultura y a la caza. Son hábiles pescadores y recogen el coral que se forma en las rocas. Aseguran también que las embarcaciones de pesca forman una flota pirata que saquea los buques españoles que parten de San Agustín de la Florida. Asimismo, todas las naves filibusteras que operan en las costas de Virginia y de la Carolina y las que se dirigen a la Tortuga hacen escala en Nueva Providencia.

El corsario sonrió.

—Cuando regresemos de Jamestown les haremos una visita.

—En el puerto principal se alza una fortaleza de bastante tamaño. La construyeron para defenderse de nuestros ataques y de los indios seminólas de Florida, que construyen grandes embarcaciones y se lanzan al mar.

—Mejor —aseguró Diego—. Así nuestra hazaña será más importante.

* * *

La primera colonia inglesa en lo que más tarde se convertirían en los Estados Unidos de América, la estableció *Sir* Walter Raleigh, favorito de la reina Elizabetha, en 1585, en el cabo Hatteras, en un

territorio que denominó Virginia en honor a su soberana, a quien, por permanecer soltera, llamaban la Reina Virgen. Por esta época, los españoles les habían ya fundado las ciudades de Méjico, Lima y Buenos Aires y se habían extendido por todo el continente, llegando en sus exploraciones hasta las actuales Oregón, Nevada, Kansas y Cheseapeack Bay, que dios llamaron Bahía de Santa María.

La colonia de Raleigh fracasó y el territorio quedó abandonado. Tan sólo iban allí los buques mercantes que deseaban comerciar con los indios. Asimismo, las costas se convirtieron en refugio de piratas que asaltaban los buques franceses, que partían de Canadá y los españoles que partían de la Florida.

En 1607, el rey Jacobo I entregó el territorio de Virginia a la London Company, que se proponía explotar las nuevas tierras. La Compañía envió un buque con ciento cincuenta hombres al mando del capitán John Alden Smith. Los emigrantes llegaron al lugar donde Raleigh había establecido su colonia, denominado Roanoke Island, pero un temporal les empujó al interior de un río que bautizaron James River, en honor a su monarca. Pronto el capitán Smith encontró un lugar a propósito para levantar un poblado, que denominaron Jamestown. La colonia fué creciendo. Fué preciso adquirir muchos esclavos negros, pues el clima no permitía a los ingleses hacer muchos esfuerzos. Como muchos se mostraban reacios a emigrar, el rey ordenó que se enviasen allí a los rebeldes de Irlanda y Escocia, quienes al cabo del tiempo podían comprar su libertad, siempre que no muriesen trabajando en una plantación.

Los territorios descubiertos más al Sur de Virginia fueran otorgados como prebenda a lord Clarendon por el rey Carlos. El sistema colonial de Inglaterra era algo distinto al de España. En nuestro país los que conquistaban un territorio se convertían en sus gobernadores y una vez organizadas las colonias, éstas pasaban a ser un nuevo reino bajo la Corona española. En Inglaterra, al tenerse noticias de que existía un nuevo territorio, el rey lo entregaba como premio a uno de sus nobles y éste debía organizarlo, pero la colonia se convertía en feudo, suyo, debiendo sus pobladores pagarle tributo.

Los nuevos territorios se denominaron «Tierra de Carlos» o Carolina. Desde Jamestown partieron algunas expediciones de emigrantes para establecer nuevos poblados, pero no prosperaron

mucho. Se montaron algunas «palancas»^[4] de grandes dimensiones y un fuerte de piedra que se llamó Albermale Castle^[5].

El resto del territorio de Carolina quedó en poder de los indios, que acampaban por los inmensos bosques y perseguían a los alces por las montañas de intrincada maleza. En las costas encontraron asilo unas bandas de bucaneros que hacían correrías sobre la Florida y contra los buques franceses. También cobraban pieles y comerciaban con los indios. Al parecer estaban en tratos con los comerciantes de Jamestown, cuyos navíos respetaban mediante una módica contribución. Estas bandas contaban con varios buques y vivían en un poblado establecido en la Caleta de Orejón. Los dirigía un hombre extraño. Le llamaban Ninian el Rojo, a causa del color de sus cabellos. Era un antiguo «convenanter», condenado a servir en una plantación, que prefirió la piratería a la esclavitud. Se decía de él que era un puritano fanático y un gran esgrimista. Que su palabra era ley en aquellas regiones y que a las autoridades de Virginia no les interesaba capturarlo, puesto que mantenía a raya a los indios.

CAPÍTULO VII

NINIAN EL ROJO

«El Antillano» navegaba a lo largo de la costa de Carolina. El sol comenzaba a ocultarse en el líquido horizonte y las aguas azules del Atlántico adquirían una tonalidad grisácea. El océano, al atardecer, semejaba un lago tranquilo, cuyas olas rompían perezosamente contra la playa.

Desde el buque, la costa era una débil línea, tan obscura, que tan sólo aquellos de vista más potente podían distinguir.

El galeón había arriado la vela de trinquete para que no le descubriesen desde tierra.

Junto a la borda, Pérez de Lerma, Mendoza y los alabarderos, armados con espadas y pistolas, aguardaban a que el sol se ocultara por completo. Un bote aparecía dispuesto a ser arriado. Los remos se veían cubiertos por fundas de piel para que al hundirse en el agua no hicieran ruido.

Villegas daba al alférez las últimas instrucciones.

—Seguramente nos encontramos ante la Caleta del Orejón^[6]. Me consta que los piratas tienen establecido aquí un campamento. Debes llegar a tierra, descubrirlo y regresar, para guiarnos a todos.

—Descuida, Diego —le tranquilizó Pérez de Lerma—. Todavía no han construido el arma que me pueda matar y, aunque sea yo solo, regresaré para darte los informes que necesitas.

—Es necesario que no nos descubran, ya que de este modo se pondrían sobre aviso y no podríamos desembarcar.

—No nos descubrirán.

El sol había desaparecido por completo y las sombras de la

noche comenzaban a cernirse sobre el mar. Los corsarios subieron en el bote y sus compañeros lo arriaron. Bogando con fuerza, el alférez y los alabarderos se alejaron, a través de las sombras que, con más densidad cada vez, se extendían sobre el océano.

Villegas quedó en la borda, contemplando cómo sus compañeros se perdían en la noche, que rápidamente cubría la tierra. Luego se volvió a Ohando.

—Hay que reforzar las guardias. Que nadie se acueste. Apagad las luces y ocultad todo aquello que pueda delatarnos.

Asintió el piloto y se apresuró a transmitir sus órdenes. Los centinelas, por parejas, daban su ronda por la cubierta. Los demás corsarios se agruparon junto a los cañones y los mástiles o se apoyaron en la borda, aguardando el regreso de sus compañeros.

Pérez de Lerma, sentado en la proa, clavaba sus ojos en la obscuridad. Sabía que todo el resultado de aquella expedición dependía de él y que la vida de todos los corsarios, de amigos queridos con los que compartiera tantos peligros, se hallaba en juego.

Pero el alférez no abandonaba su sonrisa. Sabía muy bien que sin alegría no se conseguía cosa alguna y que la fortuna se rendía a los audaces. Además, una tropa refleja siempre el estado de ánimo de su jefe. Por esta razón no quería perder la confianza en sí mismo.

Durante mucho rato remaron hasta encontrarse muy cerca de la costa. Las siluetas oscuras de las rocas se perfilaban en la noche. Una parte de la misión del alférez era encontrar un lugar en el que poder desembarcar los corsarios. Lentamente la costa se fué acercando. Se distinguían las sombras negras de las rocas y el ruido de las olas al romper contra las peñas se oía con claridad.

De pronto la lancha chocó contra unos arrecifes. Con los remos la desatracaron, continuando su camino. Nuevamente topó la embarcación con unos peñascos. Era imposible continuar. Los arrecifes cortaban el paso a la lancha.

Pérez de Lerma saltó al agua, ordenando a sus hombres que le siguieran. Mendoza hizo que tres se quedaran allí y si ellos morían debían regresar al galeón para dar cuenta de lo ocurrido.

Con el agua hasta las rodillas, los corsarios avanzaron hacia la costa. El alférez estudiaba el terreno con atención. Al parecer no había por allí ninguna playa y Villegas debería desembarcar en

aquel mismo lugar. Los botes llegarían hasta la barrera de arrecifes y después los hombres deberían cruzar a pie un buen trecho.

Continuaron su camino hasta que notaron que la costa se alzaba ante sus ojos. La formaban unos escarpados peñascos, por los que resultaba difícil subir. Pero los alabarderos salvaron aquel obstáculo y se encontraron ante un promontorio. Se tendieron en el suelo y avanzaron a rastras. De pronto se destacó sobre el cielo la esbelta figura de un centinela.

Menegas desenfundó su daga y se adelantó a sus compañeros. Saltó sobre el pirata, cubriéndole la boca con una mano, y descargó dos puñaladas en el cuello. Luego, hizo una seña al alférez. El promontorio descendía hacia un, pequeño valle, que formaba un ancho riachuelo que iba a desembocar al mar. El terreno era abrupto, erizado de altas rocas.

Una gran hoguera iluminaba el valle y a su resplandor se podían distinguir a varios cientos de bucaneros sentados por el suelo. Varias construcciones de madera indicaban que era aquél un campamento permanente. Sus buques no debían encontrarse lejos.

Los hombres que se congregaban en el valle formaban un raro conglomerado de filibusteros, con sus trajes de mar, y de cazadores, con sus ropas de gamuza al estilo indio.

En el centro se veía a un gigante de pelo y barba rojiza. Sus ropas parecían las de un vagabundo, pero en el costado ostentaba una espada de construcción francesa. Era Ninian el Rojo.

Pérez de Lerma hizo una señal y pasaron hacia la costa. Menegas cargó con el cuerpo del centinela, para que los bucaneros no comprendieran que su campamento había sido descubierto. Como no había peligro de un ataque enemigo, la vigilancia no era muy severa y creerían que el centinela se había marchado. Lo único que restaba por averiguar era el punto donde ocultaban sus naves. Pérez de Lerma se arrastró por el promontorio. Aguzaba la vista para distinguir los mastileros de las naves.

El Tuerto le tocó en el brazo.

—Mire en aquella dirección, señor alférez.

Obedeció el corsario y pudo ver los mástiles de unos buques. Avanzaron hacia ellos. Una ría ancha y profunda llegaba desde el mar. Allí fondeaban sus buques los filibusteros.

A toda prisa regresaron a la costa y embarcaron en la lancha. En

alta mar arrojaron el cadáver del centinela.

Remaron sin descanso hasta llegar junto al galeón. Pérez de Lerma dio la consigna:

—¡España y Villegas!

Subieron a bordo y el alférez dio a Diego los informes de su expedición. El corsario se volvió a Ohando.

—Desplegad las velas. Nos dirigiremos a tierra.

Suavemente, impulsados por la tenue brisa nocturna, «El Antillano» se acercó a tierra. La noche había transcurrido en gran parte y se avecinaba el amanecer. Las rocas que formaban la costa de la Carolina se distinguían ya en la noche. Pérez de Lerma fué explicando al capitán los lugares en que se podía desembarcar. El campamento se encontraba a poca distancia de la caleta. La ría en donde se anclaban los navíos la ocultaban aquellos acantilados.

Villegas hizo maniobrar el galeón de modo que si los buques salían de su fondeadero se enfrentarían con el fuego de «El Antillano».

En cubierta, los corsarios se agrupaban ante cada lancha, dispuestos a embarcar.

Una débil claridad anunció el día en el horizonte. Era el momento indicado.

—¡Rápido! —ordenó Diego—. ¡A los botes!

Saltaron los corsarios en las embarcaciones y éstas fueron botadas al agua. Rápidamente comenzaron a remar, dirigiéndose a tierra. En cabeza marchaba Pérez de Lerma con los alabarderos que actuarían de guías.

En el galeón quedaba Matholi con sus artilleros, dispuestos a proteger el desembarco. La distancia entre la nave y la costa fué salvada con rapidez.

De pronto, sobre el promontorio apareció un numeroso grupo de bucaneros. Señalaron las lanchas y comenzaron a gritar. Nuevos contingentes de filibusteros se les unieron, blandiendo sus armas. Todos juntos, lanzando gritos de alarma, se precipitaron hacia el mar en el mismo instante en que la lancha de Pérez de Lerma chocaba contra los arrecifes y el alférez y sus alabarderos saltaban de las barcas y, chapoteando en el agua, se dirigían a tierra. Era el momento que aguardaba Matholi. Hizo funcionar sus baterías y la metralla barrió el promontorio. Los piratas cayeron, destrozados por

la metralla. Algunos habían alcanzado ya la orilla del mar y sobre las rocas y los arrecifes se batían con los corsarios. Los limpios rayos del sol arrancaban centelleos de los aceros desnudos, de las alabardas y de los coseletes. Los gritos de los combatientes resonaban en la caleta. Los heridos y los muertos caían en el mar, tiñendo las aguas de rojo. Algunos se aferraban a los arrecifes como si éstos pudieran devolverles la vida que se les escapaba por un boquete.

En breve plazo los alabarderos acabaron con sus enemigos.

En el promontorio habían aparecido muchos filibusteros, pero los cañones de Matholi les cerraban el paso, ametrallándoles con precisión. Sin embargo, algunos habían logrado cruzar la muralla de esquiras y bajaban al encuentro de los corsarios. Por fortuna, las otras lanchas habían atracado ya y se lanzaron al ataque.

Villegas, tizona en mano, saltó por las peñas hasta llegar a pocas varas de la cúspide del promontorio. Los filibusteros habían desaparecido, barridos por la metralla que estallaba a poca distancia de las cabezas de los españoles.

Diego agitó en el aire un pañuelo blanco y el bombardeo cesó. Lanzando furiosos gritos, los corsarios se lanzaron al ataque.

Un grupo reducido se apartó del contingente principal, encaminándose hacia las naves. Prendieron fuego a unos envoltorios de ropa, empapados de aceite y los arrojaron a los buques. La madera embreada y reseca por el sol ardió con facilidad. Muy pronto se oyó el crujir de las llamas que devoraban los cascos de las naves.

Mientras, los arcabuceros, rodilla en tierra, hacían fuego sobre los piratas reunidos en el diminuto muelle, al tiempo que los piqueros cargaban sobre ellos. Las descargas cerradas derribaban a numerosos bucaneros. Ninian el Rojo daba órdenes animando a sus hombres.

Villegas, al frente de sus corsarios, cargó, repartiendo estocadas a diestro y siniestro. Las picas y los aceros españoles chocaban contra las armas de los filibusteros. El nuevo sol iluminaba aquella batalla feroz y sangrienta.

Los arcabuceros, cuando sus camaradas chocaron con los piratas dejaron los fusiles y desnudando las espadas, se unieron a la refriega.

Diego abatía machetes y apartaba estoques, hundiendo su acero en los cuerpos que le rodeaban. Fajeda repartía tajos con su espada de soldado. Lentamente, la furia española se abrió camino entre los bucaneros. Las picas y las espadas segaban la vida de los sorprendidos piratas.

Villegas se enfrentó con Ninian el Rojo. Los dos capitanes se midieron por un instante, luego se atacaron. El pirata empleaba la escuela francesa, muy florida, con gran juego de muñeca y un sinfín de fintas. El corsario, la española, que descansa sobre el antebrazo y dirige todas sus jugadas hacia el cuerpo del adversario. Los aceros chocaron. Diego se colocó a la ofensiva y dirige una estocada al pecho de su rival que éste paró. Rápidamente lanzó una al costado opuesto. Por una fracción de segundo, Ninian logró desviar la punta de su tizona y atacó al pecho del español. Éste paró, en primera, quedando a la defensiva. Se sucedieron con increíble rapidez varias estocadas, que ambos pararon con habilidad. Al parar una en quinta, Ninian colocó a Diego en la ofensiva. El español amenazó el pecho del Rojo y romper su guardia le rasgó la mejilla. Furioso, el bucanero atacó, lanzándose a fondo, pero Villegas hizo una magnífica salida a la española. Consistía ésta en tenderse en el suelo sobre la mano izquierda y extender la espada hacia el rival, que al lanzarse a fondo, se ensartaba él mismo. Ninian cayó al suelo y la sangre que empapaba sus ropas de rojo, se mezcló con sus barbas de fuego.

Diego se volvió para ver cómo continuaba la lucha.

Un corpulento cazador amenazaba por la espalda a Pérez de Lerma. No podía defenderse el alférez, que se batía con dos filibusteros. El capitán empuñó una pistola y disparó. Se desplomó el cazador y Villegas paró un machetazo, matando al que lo dirigía. Se volvió para ver a un filibustero que caía bajo la espada de Fajeda.

Diego blandió la tizona en el aire.

—¡Acabemos con ellos!

Animados y dirigidos por su capitán, los corsarios se lanzaron sobre los piratas, acuchillándoles sin piedad.

Algunos lograron huir, buscando el refugio de los bosques.

Villegas limpió la espada en las ropas de Ninian y ordenó:

—Registrad las cabañas.

CAPÍTULO VIII

EL ESTANDARTE AZUL CRUZA LAS COLINAS

Los corsarios se apresuraron a obedecerle, amontonando en el centro del poblado todo aquello que tuviera algún valor. Eran despojos de los combates y productos de los saqueos. Cofres repletos de joyas, sacos de monedas y cajas de lingotes, lienzos y vajillas de plata, todo se agrupaba en un raro conjunto.

Asimismo se hizo provisión de armas y de pólvora, ya que en una expedición de guerra nunca sobran. Picas, mosquetes, machetes, espadas y dagas fueron transportados a bordo junto con los barriles de pólvora y el botín recogido, luego, prendieron fuego a las cabañas y a los depósitos de víveres. Cuando el galeón se hizo a la mar, aun humeaba el campamento de los piratas.

De nuevo, «El Antillano» costeó, a prudente distancia, la Carolina, hasta llegar a la altura de Cape Henry. Allí desembarcarían, dirigiéndose a pie hasta Jamestown. «El Antillano» aguardaría a las órdenes de Matholi, quien con cincuenta artilleros y marineros, debería conducirlo hasta la capital cuando recibiera un mensaje de Villegas.

Durante la travesía del Orejón, hasta Cape Henry, no se cruzaron con ningún buque ni tuvieron ningún contratiempo. Era posible que a Albermale Castle hubiera llegado noticia del exterminio de los piratas de Ninian el Rojo y que se hubieran extrañado de la presencia de un navío español en aquellas aguas. Los corsarios saltaron a las lanchas y se dirigieron a tierra. Entonces comenzaba la parte más difícil de su aventura. Un peligro como el que jamás habían arrostrado. Un puñado de hombres en tierras extrañas, cuyos

habitantes, ingleses e indios, eran sus enemigos. Villegas sonreía, pensando que Pizarro y Cortés, cuando, conquistaron respectivamente Perú y Nueva España, se encontraban en peor situación.

Los corsarios saltaron a tierra y vieron cómo las lanchas regresaban al galeón. Luego formaron en columna. En cabeza marchaba el pífano y el tambor, luego Pérez de Lerma, con la espada al costado, las pistolas al cinto y el estandarte azul al hombro. Iba en mangas de camisa, cubriéndose los cabellos con un chambergo blanco. Después seguían Villegas, Ohando y Fajeda. El capitán y el piloto se habían despojado de las casacas, conservando sus chambergos para protegerse del sol. En cuanto al escudero, vestía según costumbre, ya que el clima era poca cosa para un antiguo «delat»^[7]. Diego y Ohando no lucían más armas que la tizona y las pistolas, seguros que nadie sería capaz de resistir su embestida.

Luego, marchaba el resto de la columna. Unos lucían el torso desnudo, curtido por el sol y cubierto de vello; otros, camisas de distintos colores, y algunos, coseletes del ejército. Asimismo eran distintos el modo, como se protegían la cabeza del calor de Virginia. Se veían pañuelos chillones, chambergos con plumas, sombreros de cuero y de paja y celadas. Algunos iban descalzos, luciendo amplios calzones del marineros; otros, botas altas o del campana, y algunos, medias y zapatos. Con la pica, el arcabuz y la alabarda al hombro, el machete o la tizona al costado y las pistolas y el puñal al cinto, avanzaban los españoles, sonrientes y enjutos, fuertes y alegres, con los bigotes erizados, hacia la muerte y la aventura. Colgado, a la espalda, llevaban todos, una diminuta mochila con ración de comida para dos días. En ése plazo llegarían a Norfolk, que debían tomar por asalto y donde se abastecerían para continuar el viaje hasta la capital. De este modo, Villegas obligaba a sus hombres a vencer en la toma de la primera ciudad que hallarían a su paso, ya que de otro modo iban a morir de hambre.

La columna continuó su marcha través de la colonia de Virginia. Los verdes árboles que cubrían las colinas, el colorido de las flores y el color del cielo recordaban un país mediterráneo. En un alto, Fajeda le dijo a su paisano Menergas:

—¿No te recuerda a Cataluña?

Durante el día procuraban marchar a través de los bosques, para que de lejos no pudiera ser descubierta su tropa y de noche se acostaban sobre el suelo, sin mantas ni hogueras con las que templar el fresco de la noche.

Se entretenían jugando, a los dados y fumando. Cantaban canciones que entretenían su marcha y que les animaba a combatir. Les recordaban su hogar y su raza y se sentían capaces de tomar el mundo por asalto.

Villegas, Ohando y el alférez solían sentarse entre ellos sin hacer ninguna diferencia a causa de su grado, Azogue y Leyden les ayudaban a mantener en alto el espíritu de la tropa.

En realidad, se decía Diego, no podía haber encontrado mejores compañeros para una empresa que aquellos aventureros. Eran iguales a los soldados de los tercios y a los «levantes»^[8] del Mediterráneo. Con todos sus defectos, no los había mejores, en todo, el mundo. Eran fanfarrones y pendencieros, bebían como cubas y en cuanto conocían a una mujer le hacían la corte con el mismo ardor que ponían en las batallas. Pero eran también generosos y leales, dispuestos siempre a sacrificarse por personas a quienes no conocían, salían siempre en defensa de los débiles y para ellos la amistad no era una simple palabra, sino un lazo que unía a los hombres hasta la muerte. Gruñían constantemente, quejándose de todo, pero marchaban sonriendo, a la batalla, con una canción en los labios. Para eludir un trabajo ligero estaban dispuestos a simular una grave dolencia y, sin embargo, se burlaban de sus propias heridas y soportaban las más terribles curas con el mayor estoicismo.

Conforme avanzaban, iban encontrando señales de civilización blanca. Hallaban casas de troncos y chozas donde vivían cazadores. Villegas les obligó a ocultarse para que no pudieran dar aviso a Norfolk.

Encontraron también un campamento indio cuyos habitantes pidieron comida a los corsarios, pero Fajeda, el Extremeño, Menergas y El Tuerto acabaron convenciendo a los pieles rojas para que les cedieran sus reservas de carne de búfalo a cambio de unos espejos.

Pronto distinguieron a través de los árboles los techos de las viviendas de Norfolk. Eran edificios de troncos y de piedra al estilo

inglés. La mayor parte de una sola planta y reducidas dimensiones. Algunas casas eran de mayor tamaño y constaban de dos pisos y una amplia puerta, entre dos columnas griegas, a la que se llegaba subiendo unos escalones. Estilo que debía caracterizar a las mansiones virginianas.

Una fortaleza, de grises murallas, parecía dominar la ciudad. Sobre uno de los torreones, ondeaba la bandera inglesa, y por las troneras asomaban los cañones sus oscuras bocas. La casaca roja de un centinela resplandecía en lo alto de los bastiones, paseando con el mosquete al hombro.

Villegas se detuvo. Alrededor de la ciudad se extendía un amplio prado, donde sus hombres podrían evolucionar libremente, pero donde los cañones les barrerían sin dificultad. Para enfrentarse con la artillería y las murallas que defendían Norfolk, los corsarios debían avanzar a pecho descubierto. Pero cada pecho ocultaba un corazón español, ardiente y belicoso.

Las alquerías abundaban más y muy pronto fueron vistos. Algunos granjeros, tomándoles por bandidos, huyeron hacia la ciudad; otros se ocultaron en sus viviendas, confiando, en que su pobreza ahuyentaría a los desconocidos.

Pronto oyeron tañir las campanas de la capilla de Norfolk y batir unos tambores. En la ciudad conocían su presencia y se disponían a luchar. El jefe militar dispondría de los soldados y de la milicia de la ciudad. Sin ningún género de dudas eran muy superiores en número a los corsarios.

Llegaban ya a las inmediaciones de la llanura y el capitán hizo detener allí a los arcabuceros, emboscándoles entre los árboles. Con el resto de sus tropas avanzó hacia la ciudad. La llanura era más extensa de lo que había juzgado, de modo que durante un buen rato quedó expuesto a los ojos de los defensores de la fortaleza.

La columna avanzaba con las picas en ristre, pues todos los que desembarcaron, a excepción de los arcabuceros, recibieron dicha arma. El pífano y el tambor marcaban el paso de carga y el estandarte azul, enarbolado por Pérez de Lerma, ondeaba al viento. Muy raro debió parecerles a los ingleses aquella abigarrada columna que evolucionaba como los soldados. Sin embargo, la Cruz de Santiago que campeaba en la bandera bastaba para descubrirles como españoles.

De la población salió un grupo de veinticinco jinetes y cuatrocientos de infantería, armados de mosquetes y de partesanas.

Villegas hizo detener su compañía, como si aguardaba a pie firme el ataque de los ingleses.

—¿Quién sois? —preguntó el jefe británico.

—Corsarios españoles.

Se oyó una tromba de guerra que tocaba ataque y el escuadrón, seguido por la infantería, cargó por el llano. Relincharon los caballos y sus cascos golpearon sordamente la tierra. Sus espadas desnudas y sus corazas relucían al sol, junto con los coletes escarlata. Los gritos de la infantería se alzaban, secos y triunfales.

De pronto ocurrió algo que no esperaban los ingleses. Los corsarios dieron la vuelta y, desordenadamente al parecer, huyeron hacia el bosque. Muy de cerca les perseguían los británicos, alegrándose ya de la fácil victoria. Tan sólo con atacar, habían deshecho a los corsarios españoles de los que los filibusteros tanto hablaban y a los que tanto temían.

Los aventureros se internaron entre los árboles, como si desearan desaparecer.

Los veinticinco jinetes enfilaron hacia aquel lugar, con las espadas extendidas. La infantería les seguía muy de cerca. Entraron en el bosque los caballos y entonces se vieron rodeados por los corsarios. Hacia cada jinete se lanzaban varios españoles, disparando sus pistolas y atacando con las picas. La reyerta fué breve. Los jinetes caían acribillados a balazos o acuchillados por los piqueros.

Mientras, la infantería se acercaba al bosque. De detrás de cada árbol partió un fogonazo, cuyo estampido retumbó sobre las vecinas colinas. Cayeron los ingleses, en un revoltijo de brazos que se agitaban y cuerpos que se estremecían. Los lamentos de los heridos se alzaban sobre el fragor de las armas. Una nueva descarga partió de los árboles, abriendo claros en las filas de los defensores.

El oficial inglés quiso aún sostener a sus hombres e hizo un esfuerzo para lanzarlos sobre el bosque. Otra descarga diezmó las filas de atacantes, derribando hombres que se apretaban las heridas.

Entonces, de la espesura partió un grito de guerra que todos conocían, aunque no lo hubieran oído jamás, un grito que repetían aterrados aún al volver a sus hogares los soldados vencidos, un grito

de guerra al que seguía una carga feroz que derribaba todas las murallas.

—¡Santiago y cierra España!

De entre los árboles apareció Villegas, con la tizona en alto, a un lado el piloto, al otro el estandarte azul. Detrás marchaban los corsarios con las picas y los arcabuces enfilados hacia el enemigo. En sus semblantes morenos se leía la alegre ferocidad del combate, sus ojos oscuros llameaban de furia y sus blancos dientes resplandecían en una sonrisa salvaje.

Cargaron sobre los ingleses, buscando la muerte, dispuestos a vencer todo obstáculo que ante ellos se interpusiera.

Para la vacilante serenidad de los británicos fué esto demasiado. El encontronazo les desmoralizó. Durante unos instantes lucharon cuerpo a cuerpo con los españoles, pero, después, lentamente, comenzaron a replegarse hacia Norfolk, sin lograr separarse de los corsarios. Como el furor de éstos aumentaba, la retirada se fué convirtiendo en huida y, pronto, con los españoles pegados a sus espaldas, huyeron hacia la ciudad.

Por el camino iban quedando los muertos y los heridos. En veloz carrera, cruzaron la llanura hasta llegar a la población. En lo alto de las murallas grises se veían los coletos escarlata de los artilleros. A toda prisa habían cargado sus piezas y aguardaban a que los ingleses hubieran rebasado el área de acción de los cañones para disparar sobre los españoles.

En cuanto los británicos hubieron entrado en la ciudad, la artillería, abrió fuego. Una lluvia de balas y de metralla cayó sobre los asaltantes. Algunos cayeron al suelo, soltando sus armas, mientras otros morían abrazados a ellas. El estandarte azul fué rasgado por varias esquirlas.

Villegas animaba incesantemente a sus aventureros:

—¡Adelante, adelante! ¡A ellos!

Pérez de Lerma gritaba sin descanso:

—¡Un minuto más y beberemos ron!

En tromba, los corsarios entraron en la ciudad, donde ya resultaban inofensivos los cañones.

CAPÍTULO IX

A LOS QUE EL DESTINO UNE

Las puertas de la fortaleza no se habían cerrado aún cuando Diego y sus corsarios las alcanzaron. Los que pretendían hacerlo, cayeron bajo las picas, y luego los españoles se desparramaron por el castillo como un enjambre de avispas.

Subieron por las escaleras, repartiendo tajos y lanzadas. Los ingleses procuraban en vano defenderse de aquellos morenos diablos que parecían multiplicarse, convirtiéndose cada uno en un centenar. Se lanzaron sobre los artilleros acuchillándoles o arrojándoles por las murallas. Las pistolas y los arcabuces lanzaban sus secos ladridos, enviando la muerte a su alrededor. Las tizonas chocaban y las alabardas abrían brecha entre los grupos de defensores.

Villegas recorría las murallas, esgrimiendo con ferocidad. Por donde pasaba dejaba, como señal, una hilera de cadáveres.

Los ingleses se replegaron hacia un extremo de la fortaleza, intentando un último esfuerzo.

Fajeda, Menergas, el Extremeño y el Tuerto variaron una pieza de posición. La cargaron convenientemente y aplicaron la mecha. Resonó el cañonazo y un diluvio de esquirlas se desparramó sobre los ingleses. Cayeron éstos, segados por los cortantes cuchillos.

Rápidamente los cuatro corsarios cargaron de nuevo el cañón y dispararon. Las esquirlas segaron las formaciones británicas. Sobre las losas ensangrentadas se retorcían los heridos, gimiendo de dolor y los cadáveres contemplaban el cielo con sus ojos sin luz.

Incapaces de resistir una nueva descarga, los defensores de la

ciudad arrojaron las armas, alzando las manos, al tiempo que los corsarios ovacionaban a los cuatro héroes de la jornada que, sucios de humo y de polvo, aceptaban con orgullo aquellas muestras de gratitud.

Villegas preguntó a los prisioneros:

—¿Quién es vuestro jefe?

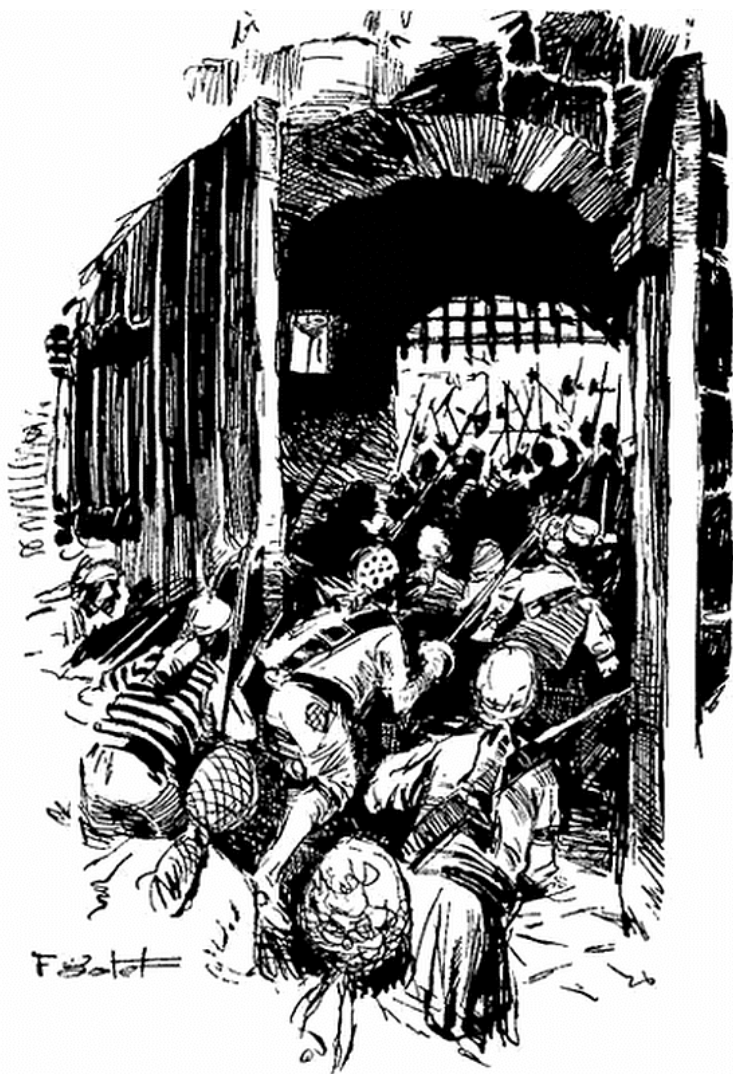
Un oficial joven se adelantó.

—Soy el único que queda con vida.

—La ciudad me pertenece.

Asintió con tristeza el inglés. Luego quiso saber:

—¿Quién sois?



Las puertas de la fortaleza no se habían cerrado aún cuando Diego y sus corsarios la habían alcanzado.

—El capitán Villegas.

El oficial le miró, con una mezcla de terror y de admiración.

—¿Así sois vos ese corsario del que tanto hablan? Debí suponerlo al ver el estandarte azul.

Diego se apresuró a añadir:

—La ciudad es nuestra y por tanto voy a daros mis condiciones

para rescatarla.

—Decid.

—Ante todo, nos llevaremos la bandera y dos cañones. Los demás serán inutilizados. Nos entregaréis los víveres, las municiones y los medicamentos que nos hagan falta. Luego serán incendiados todos los buques que se encuentran anclados en el puerto.

El oficial, sintiendo que salían bien librados, inclinó la cabeza.

Los corsarios permanecieron, en Norfolk todo un día, descansando. Prendieran fuego a las naves fondeadas en los muelles e inutilizaron los cañones que no pensaban llevarse.

La ciudad no tenía mucha importancia. Era un puerto situado en el río James, donde acudían los habitantes de la frontera de la Carolina para tratar con los marinos que se dirigían a Inglaterra.

Asimismo, Villegas recibió la cantidad de víveres, municiones y medicamentos que le hacían falta y, al amanecer del segundo día, abandonó Norfolk.

Alegremente, los corsarios se encaminaron hacia la orilla del río James. Muchos ostentaban vendajes ensangrentados que cubrían sus heridas, otros lamentaban la pérdida de algún amigo, pero todos sentían el orgullo de haber vencido sobre una tropa muy superior. Contemplaban al capitán Villegas con un orgullo viril y noble. Él les había conducido a la victoria y a él estaban dispuestos a seguir hasta la muerte.

Llegaron hasta el río, cuyas aguas se deslizaban lentamente hacia el Atlántico. La multitud, mujeres de expresión fatigada, hombres encallecidos por el trabajo y pescadores taciturnos contemplaban en silencio el paso de los conquistadores. Todos los buques fondeados en el puerto habían sido incendiados y algunos mástiles salían aún del agua.

Los corsarios tomaron las embarcaciones de los pescadores y en ellas embarcaron los cañones y los caballos que de ellos tiraban. Asimismo cargaron el carro en el que transportaban las municiones.

Saltaron al interior de las lanchas y zarparon de Norfolk. La ruda ciudad, habitada por hombres que habían batido a los pieles rojas, se alejó lentamente. La multitud se agolpaba en el puerto para ver partir a los españoles, queriendo grabar en su memoria todos los detalles y así poder contar a los forasteros, sus hijos y sus nietos,

cómo la población había sido capturada por un corsario español que enarbolaba un estandarte azul.

Las lanchas de pesca se deslizaron por el río, cargadas de aventureros que cantaban alegremente, encaminándose al combate.

Villegas se atusaba el bigote, contemplando su flotilla de barcas pesqueras, No podía continuar por mucho tiempo por el James. Era necesario desembarcar en algún punto cercano a la capital, ya que por la ría subían muchos navíos que se dirigían a Jamestown y algunos de éstos podía ser una fragata de guerra que, al descubrir su identidad, les ametrallase.

Navegaron durante todo el día, hasta el anochecer. Entonces saltaron a tierra. Con las armas al hombro se internaron por los bosques cubiertos de espesura que rodeaban la ciudad más importante de la Virginia. El terreno era una llanura interminable, muy propia para que evolucionase un gran ejército, pero poco adecuada para que sus corsarios lograsen el triunfo sobre un enemigo más numeroso.

Durante toda la noche marcharon los aventureros sin descanso, dirigiéndose hacia la capital.

Había que dar como seguro que los habitantes de Norfolk habían dado aviso al Gobernador Berkeley del asalto que habían sufrido por parte de los corsarios y que al llegar a la ciudad se enfrentarían con la guarnición y con la milicia. Pero, seguros de su valor, los españoles continuaban marchando, fiados en su buena estrella.

* * *

La mansión de los St. George se veía iluminada por miles de candelabros que irradiaban su luz por las ventanas. La música de los violines y de los clavicordios se esparcía por el aire de la noche, saturado por el perfume de las magnolias. Hasta el jardín llegaban las risas y las conversaciones de los invitados al gran baile de St. George. Lo mejor de Jamestown se había reunido allí aquella noche. Los plantadores de más rancia alcurnia asistían con sus esposas, luciendo sus ropas más elegantes y sus joyas más costosas. Los jóvenes vestían sus coletos bordados y sus medias de seda, ostentando sus rizadas pelucas. Las muchachas habían preparado sus mejores galas para este baile del que durante cuatro meses habían trabajado incansablemente y los comerciantes habían

agotado sus tejidos de Holanda y sus encajes de Flandes, pues ninguna de las muchachas deseaba dejarse deslumbrar por la «primera dama de Virginia». Arabella se mostraba aquella noche en todo el esplendor de su belleza. Vestía un traje blanco de brocado, con un amplio escote, ya que no ignoraba que sus hombros y su cuello enloquecían a sus admiradores. Las faldas ahuecadas eran blancas como el resto del traje y las mangas se amoldaban a sus brazos. Lucía, según la moda de entonces, muchos anillos, unos aretes de brillantes y unos collares de perlas negras que contrastaban con su piel rosada. La cabellera rubia se veía peinada artísticamente y sus ojos negros poseían un extraño fulgor. Aquella noche Arabella St. George se sentía renacer. Para ella los bailes y las fiestas eran la única vida comprensible y sufrió mucho desde su llegada a Virginia, al verse alejada de la corte de Saint James. Por fortuna, los virginianos no eran unos palurdos, puesto que se mantenían atentos a las modas de Londres y la adoraron con la ardiente sumisión que a ella tanto le agradaba. Se miraba con frecuencia al espejo para asegurarse de que estaba muy hermosa y las miradas de admiración que le dirigían los hombres y las de envidia que le dirigían las mujeres alegraban el corazón de la desterrada.

Deslumbrante, recorría el salón atendiendo a sus invitados y por una vez repartió sus raras sonrisas con más largueza. El joven Grey de Gracedieu y el joven Kent la escoltaban continuamente, pues eran los dos adoradores más afortunados de la muchacha. Pero los que no tenían tanta suerte se consolaban pensando que no tenían muchas probabilidades de triunfo, ya que otro de los rumores que acerca de Arabella corría era que la desterraron por haberse granjeado el disfavor de la reina al intentar atraerse los favores del rey. Pero nadie dejaba de admirar las serenas y bien dibujadas facciones de la muchacha, ni sus ojos negros, deseando todos en el fondo de su corazón que se animaran de dicha al acercarse a él. Como tampoco había ningún joven en Virginia que no soñara con besar los finos y desdeñosos labios de *lady* Arabella. Pero esto era tan imposible como soñar con alcanzar la luna. La muchacha era una estatua viviente, a la que los hombres no podían acercarse demasiado y su erecta y esbelta espalda resultaba una prueba del altivo desdén que ella sentía a sus adoradores. Todos hubieran dado

diez años de vida para que la espalda de la muchacha perdiera su rigidez, pero todos estaban seguros de no lograrlo jamás. La orquesta de negros interpretaba las danzas más en boga, a cuyos sonos evolucionaban las parejas.

Junto al mayor St. George, el Gobernador Berkeley charlaba con los caballeros más importantes de la ciudad.

Arabella contemplaba con orgullo la animación de su casa. En verdad era una fiesta magnífica.

El joven Grey de Gracedieu le dijo:

—*Milady*, sois el mejor anfitrión de toda Virginia.

El joven Kent, afectando horrorizarse, protestó:

—¿De Virginia? De todo el mundo.

La muchacha le dirigió una sonrisa de agradecimiento. El corazón del favorecido latió con más rapidez y el otro se hundió en la vergüenza.

—Aun no me habéis dicho nada de mi traje nuevo —exclamó Arabella.

Los dos jóvenes se volvieron a un tiempo.

—Semejáis un hada, una náyade de las que nos hablan los antiguos —dijo Kent.

Suspiró con tristeza Grey de Gracedieu.

—¿Qué puedo decirle los pobres mortales a una diosa? Es mejor que la adoren en silencio.

Esta vez la fría sonrisa fué para éste.

Iba el joven Kent a hablar, cuando un murmullo de extrañeza se extendió por la sala, para concluir enseguida. Las parejas dejaron de bailar y cesó la música. Todos los invitados se volvieron para mirar hacia la puerta. Un silencio pesado y nervioso ocupó el lugar del bullido anterior.

Arabella siguió la dirección de las miradas de sus amigos.

En la puerta de la sala se hallaban detenidos tres hombres. Eran tres hombres que no ocupaban clasificación en el mundo de *lady* St. George. Nunca había visto a ninguno semejante. Uno de ellos era un gigante de acusadas facciones. Bajo la camisa parecía que iban a estallar sus músculos hercúleos. Otro era de mediana estatura, esbelto y sonriente. Sus botas blancas y sus pantalones eran costosos, así como su chambergó y su camisa del mismo color. De los dos emanaba un vaho de fuerza y de audacia.

El tercero era el más sorprendente de todos. Era alto, de hombros anchos y estrechas caderas. Iba asimismo en mangas de camisa y la blancura del lino contrastaba con la tez bronceada. Calzaba costosas botas de fino cordobán cubiertas de polvo y el tahalí que sostenía la tizona se veía recamado de oro y de perlas. Al cinto lucía dos pistolas y el amplio chambergo negro, adornado con unas plumas, sombreaba su enjuto semblante, en él que relampagueaban sus ojos oscuros y penetrantes. Bajo el negro bigote, relucían sus blancos dientes en una sonrisa salvaje y, descarada.

Por un instante, la mirada del desconocido se posó en la muchacha y ésta no pudo evitar un estremecimiento. Parecía haberla traspasado. Comprendió que su belleza no pasaba inadvertida para aquel joven de extraño aspecto, pero en ella no se leía sumisión alguna.

A pesar de sus poco elegantes ropas, el desconocido poseía distinción natural y un inconfundible aire de mundo. Las demás personas parecían anuladas por su sola, presencia. Nuevamente se estremeció Arabella. Por un instante pasó por su mente el pensamiento de que si aquel joven se acercaba a ella no sería para adorarla en silencio sino para tomarla entre sus brazos. Creyó ver, inclinado hacia el suyo, el enjuto y moreno semblante del desconocido.

CAPÍTULO X

INTERMEDIO GALANTE

El Gobernador Berkeley rompió la tirantez de aquella escena.

—¿Quién sois, y qué buscáis aquí?

El que parecía capitanear a los desconocidos respondió:

—Yo podría haceros la misma pregunta.

—Soy el Gobernador de Virginia y os recomiendo que moderéis vuestro descaro, ya que os puedo mandar a la picota.

—Yo soy el capitán Villegas y os recomiendo a mi vez que os mostréis más comedido, pues puedo hacer cosas peores con vos.

—¿Villegas? —Pregunto el oficial—. ¿El capitán Villegas, el corsario?

—Vuestro humilde servidor —dijo Diego con burla.

El joven Grey de Gracedieu, creyendo que no eran más que tres hombres, juzgó que no debía desaprovechar aquella magnífica oportunidad de merecer ante los ojos de Arabella. Desenfundó la espada y se dirigió hacia los corsarios, Fundaba su confianza en ser uno de los mejores aceros de la colonia. Bien es verdad que tan sólo había esgrimido en las academias y en algunos duelos...

—No importa quien seáis, bergante —exclamó con voz de trueno—. Os voy a dar una lección.

Villegas le miró con curiosidad.

—¿No pensáis en que podéis haceros daño con esa espada?

El joven Grey de Gracedieu se enfureció ante esa burla y se lanzó sobre el capitán blandiendo su acero. Entonces ocurrió algo inesperado. Con tanta rapidez que nadie pudo retenerlo en la retina, Diego desenvainó la tizona, describió alguno molinetes con ella y la

espada del inglés voló por los aires. El barbilindo palideció, al ver aquella hoja de acero que le amenazaba el pecho.

Los demás gentilhombres habían empuñado, las espadas y se lanzaron al ataque. Pérez de Lerma y Ohando, pues ellos eran, desnudaron sus tizonas. El alférez estalló en una alegre carcajada.

—Tengo ganas de divertirme —aseguró.

Chocaron las espadas y algunos aceros volaron por los aires. Al rumor de la lucha unos veinticinco hombres, morenos, fuertes y bigotudos, entraron en la sala, blandiendo sus machetes. Los dirigía un joven alto, de buena presencia, que enarbolaba una tizona, y un extraño personaje de baja estatura, anchísimas espaldas y expresión feroz, que manejaba una espada de soldado. Cargaron sobre los gentilhombres lanzando alegres risotadas, pero la lucha duró poco. Las espadas de los ingleses volaron por los aires, mientras los corsarios les descargaban cintarazos en las posaderas y les arrebatában las pelucas con la punta de sus armas.

Un marinero, con un parche en un ojo, derribó por tierra al joven Kent, mientras otro perseguía al joven Grey por toda la sala.

Villegas ordenó:

—¡Basta ya!

Como por ensalmo cesaron las persecuciones. Los atribulados gentilhombres se agruparon en un extremo de la habitación, al tiempo que los aventureros bajaban las espadas. Pérez de Lerma examinó con atención a las hermosas jóvenes que asistían a la fiesta.

—¿Están alojados los hombres? —preguntó Diego.

—Sí, señor capitán —aseguró Mendoza.

—¿Qué habéis hecho de los criados?

—Menérgas los quería matar, pero Leyden los encerró en el establo.

—Magnífico —aprobó Villegas—. El golpe ha sido afortunado. En nuestro poder se encuentra el Gobernador de Virginia.

Berkeley dio un paso al frente.

—Este ultraje será castigado como merece.

El capitán le dirigió una fría mirada.

—¿Encargaréis a Morgan del castigo? Nosotros hemos venido aquí para vengar el saqueo de Panamá.

Mientras hablaba el corsario, el joven Grey, situado a su espalda,

metió mano en el pecho de su colete, donde guardaba un pistolete. Como un jaguar, Fajeda se lanzó sobre él. Asió la mano armada y le arrebató la pistola. Le miró torvamente un instante, al tiempo que el barbilindo palidecía. Aquel energúmeno era capaz de todo.

—No quiero sangre —advirtió el capitán.

Pedro se guardó tranquilamente el pistolete y propinó al joven Grey una tremenda bofetada, que le derribó sin sentido. Luego se volvió hacia Villegas.

—Ahí al lado —informó— hay una cena estupenda. Pollos asados, que relucen en su salsa humeante. Cabezas de jabalí, tartas y botellas de vino.

A los corsarios se les hacía la boca agua. Desde que salieron de Santo Domingo, no habían probado ninguna delicadeza, y desde que desembarcaron que no se alimentaban más que de carne curada y pan de maíz, y, lo que era peor, no bebían más que agua.

—Está bien —dijo Villegas sonriendo—. Procurad que llegue para todos.

Dando gritos de alegría, varios corsarios se dirigieron al comedor, mientras otros salían al jardín para avisar a sus compañeros. Algunos se quedaron en la sala, vigilando a los cautivos.

El Tuerto invitó lo más amablemente que podía:

—Pónganse cómodos. A nosotros no nos molestan.

Villegas cruzó la sala, dirigiendo se a la escalera que conducía al piso superior. Al pasar por delante de Arabella clavó en ella sus ojos negros y la muchacha se sintió de nuevo estremecer. Pero aquella mirada rompió la subyugación bajo la que se encontraba desde que tan bruscamente interrumpieron su fiesta. En las pupilas del corsario leyó la minina pasión por su belleza que en las otras. Algo más fogosa quizá, pero esto le pasó inadvertido. Era como los otros, su hermosura le vencería y ella, con sus encantos, podría hacer más que aquellos inútiles barbilindos. Sin pensarlo dos veces, siguió al español que subía por la escalera.

Mientras, los aventureros se repartían las viandas de la cena. Con sus dagas, o con las manos, partían los pollos y las cabezas de jabalí. Algunos se quedaron en el comedor, otros se volvieron al salón, sentándose en el suelo, y los centinelas comieron en el jardín. Sin dejar de comer, tan voraces como lobos, bebían trago tras trago

de las botellas de vino, ante la mirada de horror de los atildados virginianos.

Villegas se dirigió a las habitaciones que daban a Jamestown. Encendió los candelabros y abrió la ventana. El aire fresco de la noche le acarició la frente. Se había despojado del chambergo e hizo lo propio con el tahalí. Allí no le haría falta la tizona. A bofetadas podría ir dominando la situación, pero cuando en la capital se enfrentase con los soldados, con los granjeros y con los rudos cazadores de pieles, tan salvajes como los indios, todos los esfuerzos serían pocos.

En la oscuridad brillaban las luces de Tamestown. Allí estaba, a dos pasos, al alcance de su mano, el objetivo final de su larga expedición. Era la meta de su represalia, pero también el punto más difícil. Unos pasos a su espalda le hicieron volverse. *Lady Arabella St. George* se detuvo en el umbral, permitiendo que los ojos del aventurero se saciasen en su altiva y desdeñosa belleza. A la luz de los candelabros su piel semejaba más rosada, sus pupilas más oscuras y su cabello más rubio.

Villegas preguntó:

—¿Deseáis algo de mí? Debido quizá a la costumbre, el tono amable que empleó Diego en su respuesta, le pareció a la inglesa un indicio de su sumisión. Con paso reposado, realzando la majestad de su porte y dando a su hermoso semblante el aire más orgulloso que podía, se acercó al capitán.

—Quiero, os ordeno —rectificó— que abandonéis mi casa.

—Mañana —respondió o. Esta noche es imposible. Mis hombres necesitan descanso y, además, avisaríais a la guarnición de Jamestown.

—¿A la guarnición? A los alguaciles, para que os pongan en la picota como castigo por haber estropeado mi fiesta.

Villegas sonrió divertido.

—¿Es eso lo único que os importa?

Arabella arqueó las cejas.

—¿Es que ocurrirá algo más?

—Sí, voy a capturar Jamestown.

—¿Jamestown? Estáis loco.

—He capturado ya Port Royal y Norfolk. Ahora pienso hacerlo con la capital de Virginia como represalia por el saqueo de Panamá.

Lady St. George se irguió con desprecio.

—¿Y qué me importa a mí el saqueo de Panamá?

—Me importa a mí y basta —afirmó *Diego*.

De momento, la muchacha no comprendió cómo aquel corsario podía negarse a sus deseos. Permanecía en la habitación, con las piernas abiertas, y el cabello hasta los hombros, dominando la situación. Su moreno semblante denotaba un valor y una audacia a toda prueba. Sonreía con superioridad y descaro. Sus ojos la miraban sin ocultar sus pensamientos y esto enfureció a la joven. Quería verle rendido a sus pies, como correspondía a un aventurero ante una dama.

Arqueó de nuevo las cejas y entreabrió los labios en una fría sonrisa, que mostraba sus blancos dientes, irguió la cabeza de modo que resaltase su rubia cabellera y adelantó el busto.

—Sois un despreciable pirata —dijo, al tiempo que con su fina mano hacía un ademán de asco.

—¿Pirata? No; soy un corsario.

—Es lo mismo. Asaltáis las naves de Su Majestad y capturáis sus ciudades.

Villegas se encogió de hombros.

—Concedido, pero en ese caso no hago más que imitar a «La Hermandad de la Costa», que asalta las naves de España y saquea las ciudades españolas.

—Hay una diferencia —respondió *Arabella* con desprecio—. Las víctimas no son ingleses.

Diego rompió a reír.

—¿Qué es lo que os hace tanta gracia? —dijo la muchacha—. Por los bucaneros tenemos géneros y artículos mucho más baratos que en los comercios.

—Pero que ellos han robado antes —agregó *Villegas*—. ¿No os repugna comprar a despreciables piratas?

Arabella se irguió, ofendida por estas palabras y por el tono de burla que *Diego* empleaba.

—Debí suponer que me ofenderíais —exclamó—. Una dama no debe tratar con aventureros.

—Sois vos quien me ha hablado. Yo no os busqué —le recordó el corsario.

—Dejemos eso —dijo la muchacha—. Os ordeno que abandonéis

mi casa.

Diego comenzaba a impacientarse ante la altanería de la inglesa y respondió:

—Hasta mañana no será posible.

Arabella engalló la cabeza, desesperada por encontrar alguien que no se prestaba a ser su esclavo.

—¡Sois un despreciable pirata, un asesino abominable y un rufián de la peor especie!

—Y vos una tonta —agregó el capitán.

Lady St. George cruzó la distancia que les separaba y propinó una bofetada al aventurero. Los ojos de éste brillaron de furia y su boca se abrió en una ancha y salvaje sonrisa, Tomó a Arabella por los hombros y comenzó a zarandearla.

—Sois una estúpida. ¿No os habéis dado cuenta de que estáis en mi poder? ¿Queréis azuzar a la fiera? Me bastaría una palabra para que mis hombres incendiaran la casa y ahorcaran a todos esos barbilindos.

Le dio un empujón y la arrojó contra la pared. *Lady St. Georges* estaba muda de estupor. Se apoyó contra un mueble y le miró con las pupilas dilatadas. ¿Cómo era posible que aquel corsario se atreviera a tratarla de aquel modo?

—Os costará caro lo que habéis hecho —aseguró—. No se me puede injuriar impunemente.

—Pero vos podéis, insultarme a mí —exclamó Villegas.

—Os he llamado lo que sois, un despreciable pirata, un rufián... —comenzó a decir, pero no pudo continuar.

Con ojos de espanto vio cómo aquel elástico y moreno aventurero avanzaba hacia ella. Lanzó un gemido y los fuertes brazos de Diego la enlazaron por la cintura, atrayéndola hacia sí.

—Puede que yo sea todo lo que decís —convino con voz fría—, pero os acordaréis de este pirata. Estáis, acostumbrada a humillar a los barbilindos que os rodean, y os demostraré la diferencia que hay entre ellos y yo.

Antes de que Arabella pudiera reaccionar, comenzó a besarla salvajemente. Sus brazos la oprimían y aunque deseaba librarse, todos sus movimientos eran inútiles. Los labios del español le quemaban; la piel y la muchacha sintió que le vacilaba la cabeza. Sus manos prendieron la camisa del corsario bajo la que sintió sus

músculos de acero. Su espalda se dobló, cuando la joven abatió la cabeza rubia, abandonando toda resistencia.

Entonces, Villegas la apartó. La inglesa le miró sin comprender lo que ocurría. En el semblante de Diego había aparecido nuevamente su sonrisa audaz y descarada.

—Como veréis, estáis en mi poder. Nada, ni siquiera vuestra voluntad, os defiende de mí. Pero yo no quiero.

Lady Arabella St. George se sentó en una silla, pálida y temblorosa aún, mientras las recias pisadas del español se alejaban de ella.

CAPÍTULO XI

JAMESTOWN

Al amanecer del día siguiente, los corsarios reanudaron su marcha. Habían desembarcado a corta distancia de la mansión de los Saint George y allí encontraron alojamiento y cena. También hallaron al Gobernador Berkeley, a quien consideraban como un prisionero. Cinco hombres quedaron de guardia en la mansión, pues Villegas juzgó que no hacían falta más para vigilar a los barbilindos.

Los demás avanzaron por el camino que conducía a la ciudad, seguidos por los cañones, que saltaban sobre los baches del terreno.

Como Diego había supuesto, en Jamestown conocían ya su llegada y habían congregado a la guarnición y a la milicia para defenderse del ataque de los españoles.

La capital de Virginia^[9] poseía una fortaleza junto al río, cuyos muros grises se reflejaban sobre las aguas. Fué construida la ciudad en una isla que aun hoy día se llama Jamestown Island. A través de la espesura, distinguieron los corsarios los techos de la ciudad y los torreones de la fortaleza sobre los que ondeaba la bandera inglesa.

Los campos que rodeaban la ciudad se veían cubiertos por plantaciones de tabaco y de algodón. Las mansiones se encontraban diseminadas por distintos puntos del terreno.

Los españoles continuaban marchando. Al parecer, todas las viviendas habían sido abandonadas. Sus habitantes, con toda seguridad, debían haber buscado refugio en Jamestown, reforzando las compañías de la milicia.

Villegas calculaba sus posibilidades de triunfo. No le quedaba más que una salida. Lanzarse a la muerte, y, quizá así, obtener la

victoria. Cruzaron las plantaciones y las colinas, en dirección a la capital. Pérez de Lerma empuñaba de nuevo el estandarte azul, quemado por el sol y rasgado por la metralla. Detrás marchaban formados los corsarios, desafiadores, sonrientes, dispuestos a morir. La ciudad aparecía ya ante los ojos de los españoles. Con sus casas señoriales, sus chozas de granjeros en el extrarradio, sus casas de pescadores en el barrio ribereño de South Fork y la fortaleza. En el puerto se veían numerosas embarcaciones mercantes y de pesca.

Jamestown aparecía desierta. Sus calles, que Diego examinó con el catalejo, semejaban abandonadas. Sin duda creían que un numeroso contingente de españoles avanzaba sobre ella. Tan sólo en el castillo se veía animación. Por las almenas paseaban los soldados con sus coletos rojos. Observó el capitán que en las afueras se habían construido sólidas trincheras, tras de las cuales se parapetaban hombres de burdas ropas y largas barbas. Eran cazadores y granjeros, tiradores de mortal puntería acostumbrados a vivir con el mosquete en la mano.

A una orden de Diego, los corsarios descendieron por la colina, encaminándose hacia la ciudad. Desde la fortaleza, vieron como el estandarte azul se recortaba sobre el cielo y cómo la compañía de aventureros, salvajes y atezados, avanzaban hacia la capital. A retaguardia saltaban los cañones.

En la mente del corsario se esbozaba un plan. Tan sólo con una gran audacia podía tornar una ciudad cuyos defensores le excedían en número y que contaban con más cañones. Pero el lema de su casa era «Más allá que otro cualquiera», y si Morgan capturó Panamá, él capturaría Jamestown. El obstáculo principal era la fortaleza. Los defensores eran hombres y aunque su número fuese mayor, sus corsarios estaban acostumbrados a batirse en malas condiciones. Los soldados no elegían sus luchas, sino que las aceptaban tal como se presentasen.

Avanzaban sobre un llano, cubierto de flores y surcado de montículos. Los corsarios mantenían las armas dispuestas para iniciar la lucha.

De pronto en la ciudad vibró un clarín de guerra y apareció una compañía de corazas, que se dirigió al galope al encuentro de los corsarios. Como protección, dos compañías de infantería, una de mosqueteros y otra de piqueros, corrían en pos de los jinetes. No se

habían extendido aún en orden de batalla, pero en breve se dispondrían a cargar.

Villegas distribuyó sus hombres en torno a los cañones. Delante, los arcabuceros, para que abrieran fuego sobre los ingleses, y detrás los piqueros, dispuestos a formar el cuadro en cuanto lo ordenase.

Los corazas y la infantería se desplegaron por el campo. Flameaban las banderas, batían los tambores y los clarines rompían la brisa que llegaba del río. Los ingleses avanzaron con lentitud al principio, siguiendo el compás de los tambores. El ritmo de éstos se hizo más rápido. Las banderas se agitaron, como si los oficiales arengasen a los hombres.

De improviso, los corazas desenfundaron sus aceros con un sinfín de destellos. Los petos bruñidos y los cascos relucían al sol. Un jinete blandió su espada en alto y se oyó un clarín de combate. Luego, un grito estentóreo:

—¡Saint George for England!

Cargaron hacia los españoles, lanzándose en una loca carrera en la que jinetes e infantes quedaron distanciados.

—¡Fuego, señores corsarios! —ordenó Villegas.

Sobre la tropa española ondeaba el estandarte azul. Previamente, cada arcabucero había elegido su víctima, de modo que a la primera descarga un buen número de corazas y de caballos cayeron en un remolino de remos que coceaban y brazos que se agitaban. Con rapidez, cargaron nuevamente los arcabuces e hicieron fuego, después de apuntar cuidadosamente. En horrible confusión cayeron por el suelo hombres y caballos. Muchos no fueron heridos por los corsarios, pero tropezaron con alguno que había caído y quedaron tendidos sobre las flores de Virginia.

Entonces entraron en juego los cañones. Debido a su costumbre de disparar en el mar, sobre objetivos que se balanceaban, los artilleros de Villegas eran muy expertos. Apuntaron sobre las formaciones de corazas que en aquella época cargaban en bloque, y aplicaron la mecha a las piezas cargadas con metralla. Silbaron las esquirlas, cercenando miembros, rasgando la carne y partiendo cráneos. Dejando un rastro de cadáveres, los jinetes continuaron su carga. Los arcabuceros disparaban sin cesar, descansando tan sólo para cargar sus armas. Los cañones entraron nuevamente en acción. La metralla segó a los corazas, matando a su jefe, que quedó

aplastado por su caballo. Cuando la diezmada compañía de corazas alcanzó la posición española, las pistolas y las picas entraron en juego. Se lanzaron sobre ellos los corsarios, como avispas enfurecidas, disparando a boca de jarro y descargando lanzadas. En desorden, se retiraron los supervivientes de la resplandeciente compañía de corazas.

La infantería continuaba su avance. Cargaban con las armas enfiladas hacia el enemigo. Carecían de la furia de los españoles y de la obstinación de los alemanes, pero su ataque era sereno y firme. Los semblantes rojizos y pecosos se destacaban bajo los chambergos y los cascos.

—¡Saint George for England!

Los arcabuces tabletearon al descargarse a un tiempo. Cayeron, apretándose las heridas, varios ingleses. Saltaban por encima de los caballos y de los corazas muertos. Otra vez rugieron los fusiles. De pie, rodilla en tierra o tendidos, agrupados alrededor de su estandarte, los arcabuceros cazaban a sus enemigos con la misma serenidad que si fueran gamos. Los piqueros, apretando las armas, con los semblantes contraídos, aguardaban a que llegara el momento de su intervención. Los artilleros disponían calmamente sus piezas. El aire cálido del mediodía era revuelto por los estampidos. Los tambores batían sin cesar y las banderas flameaban al viento. El sol se reflejaba en el acero, con cegadores destellos.

Tronaron nuevamente los cañones. Se vio cómo se desbarataban las filas inglesas. Por un instante reinó en ellas la confusión, mientras los arcabuceros seguían disparando. Lo ocurrido a los corazas había arrebatado buena parte del ánimo de los defensores de la ciudad. Aquellos corsarios desarrapados poseían una certera puntería. Al fin un oficial puso en orden la columna y reanudaron la carga.

El peligro, se dijo Villegas, era que les alcanzasen antes de que los cañones les hubieran causado muchas bajas. No deseaba emplear el cuerpo a cuerpo más que como última medida, en el ataque final por la conquista de Jamestown. Entonces la furia de los corsarios sería la mejor arma.

Los arcabuces buscaban entre las hileras atacantes y al detenerse hacían fuego. Los ingleses iban cayendo, con el corazón atravesado.

Los arcabuzazos causaban estragos en sus filas.

De nuevo tronó la artillería. Las esquirlas se desparramaron, cortando el aire. Aparecían claros en las formaciones asaltantes. Cayó una de las banderas. El oficial continuaba animando a sus hombres. Leyden alzó el arcabuz e hizo fuego. Se desplomó el inglés, soltando la espada. Entre los atacantes hubo un instante de vacilación. Otro oficial había ocupado el puesto del muerto. Blandió su acero, mientras daba órdenes. De nuevo disparó Gustavus. El oficial se tambaleó como un borracho y se desplomó al suelo, retorciéndose de dolor.

Entonces rugió uno de los cañones. Una lluvia de cortantes cuchillos se desparramó sobre los ingleses. Cayeron mosqueteros y piqueros, en horroroso montón de cuerpos mutilados. Los lamentos se elevaron al aire, confundiéndose con el estampido del segundo cañón. Los servidores de esta pieza habían apuntado muy bajo y la descarga de metralla alcanzó en el vientre a los soldados. Hubo un revuelo entre los ingleses. Las esquirlas segaron las formaciones. En charcos de sangre se debatían los heridos. La bandera de los piqueros yacía sobre la tierra, empapada en sangre. Los supervivientes, desmoralizados por completo, volvieron la espalda y echaron a correr hacia Jamestown.

Villegas desenfundó su tizona.

—Corsarios —exclamó—, a comer en Jamestown o a cenar en el infierno. ¡Santiago y cierra España!

Como un solo hombre, respondieron los aventureros:

—¡España!

Como alucinados, igual que fieras rabiosas, los españoles se lanzaron a la carga. Con el cuerpo inclinado sobre las armas, corrieron por la llanura, saltando por encima de los montículos. Su carrera se hizo más rápida. En sus mentes tan sólo cabía un pensamiento: Jamestown o la muerte.

Desde la trinchera, los defensores de la ciudad vieron cómo avanzaban, en furiosa y enloquecida carga, aquellos diablos morenos que aullaban como salvajes. Sus gritos se elevaban por toda la ciudad. En las viviendas donde se ocultaban las mujeres, no fué necesario que nadie les dijese que los españoles atacaban. Los alaridos de bárbara alegría tan sólo podían darlos unos hombres que despreciasen la vida, porque amaban más su dignidad. Como poseídos cruzaron la llanura, en dirección a las trincheras.

Mientras, los cañones giraron con rapidez y se dirigieron a una elevada colina, en la que cinco corsarios alimentaban varias hogueras.

Los defensores de las trincheras montaban sus mosquetes y los artilleros apuntaban sus piezas hacia la llanura. Había llegado el momento de la venganza. A su vez destruirían a los corsarios, como éstos habían destruido a sus soldados.

Por el llano bajaban los españoles, en furiosa acometida. El tiempo había desaparecido. Pasado y futuro se borró de sus mentes, para que todos sus pensamientos se cifrasen en la batalla que libraban. Ya no importaba nada más. Tan sólo vencer.

Los ingleses iban a disparar su artillería, cuando rugieron los cañones corsarios. Una lluvia de tizones se desparramó sobre la fortaleza. Los defensores se volvieron asombrados. ¿De dónde podía venir aquel ataque? Uno de los encendidos proyectiles cayó sobre un barril de pólvora que estalló, matando a unos artilleros y destrozando un cañón.

La colina en la que se situaban, las piezas de los corsarios estaba a la misma altura que los torreones del castillo y los españoles disparaban sin necesidad de hacer cálculos. Empleaban una vieja artimaña de los hombres del mar que, naturalmente, los ingleses desconocían. Habían cargado las piezas con tizones de las hogueras y bombardeaban la fortaleza con proyectiles de fuego. Incesantemente, cargaban y disparaban sus cañones. La lluvia de tizones caía sin descanso sobre la fortaleza. Estallaron nuevos barriles de pólvora. Los hombres caían destrozados y los cañones quedaban con las ruedas hacia arriba como escarabajos muertos.

Ante aquel enemigo, los ingleses no podían luchar. El estallido de los barriles de pólvora, amenazaba con propagarse, convirtiéndose en un incendio que destrozase la fortaleza. Y mientras se ocultaban de aquel adversario peligroso e invencible, los corsarios llegaban a las trincheras.

CAPÍTULO XII

VICTORIA

Los cazadores y los granjeros comenzaron a disparar sobre los aventureros, pero las detonaciones que estallaban en la fortaleza les desmoralizaron. ¿Qué clase de hombres eran aquellos que rechazaban un ataque enemigo e inutilizaban los cañones?

Al tiempo que continuaron los estampidos en el castillo, los españoles, bajo un nutrido fuego, saltaron sobre las trincheras.

Villegas cayó en el interior, seguido por Ohando y por Pérez de Lerma, que no soltaba su bandera. Se vio flamear el estandarte azul tras el que cargaron todos los corsarios, con las armas en ristre, lanzando alaridos de triunfo.

Saltaron sobre los ingleses acuchillándoles sin piedad. Los aceros y las picas abrían brecha en los grupos de defensores. Como gatos salvajes, se revolvían los españoles repartiendo estocadas y lanzadas.

Villegas, en cabeza, esgrimía su tizona, derribando enemigos. Su acero parecía convertirse en diez, parando golpes y clavándose en los cuerpos de sus enemigos. Desmelenado, sonriendo con fiereza, fuerte y bronceado, Diego semejava una imagen de la venganza.

El gigantesco Ohando partía los cráneos con su descomunal tizona. Fajeda arremetía furiosamente con todo el que se cruzaba en su camino, mientras Pérez de Lerma mantenía bien alto el estandarte azul, al tiempo que con su espada describía círculos de muerte.

Las picas, las alabardas y los machetes hendían la carne, cortaban los músculos y se clavaban en los cuerpos del enemigo. Las

culatas de los arcabuces se descargaban como mazas sobre los cráneos de los ingleses.

Lentamente, los defensores de la trinchera fueron divididos en dos grupos. Separados por los alabarderos y los piqueros, retrocedieron, defendiéndose de los golpes que les dirigían los aventureros. Sañudamente, los corsarios cargaron sobre uno de los grupos mientras dejaban a los otros la retirada libre. La aprovecharon éstos y volvieron la espalda, huyendo hacia la fortaleza. Con rapidez se arrodillaron los arcabuceros, abriendo fuego sobre los fugitivos. Caían, revolcándose en el suelo. Los heridos suplicaban que no les abandonasen, pero, azorados en su huida, los ingleses no les prestaban atención. Mientras, los piqueros y alabarderos acababan a lanzadas con el otro grupo. Aquéllos cuyas picas se rompían empuñaban los machetes y las pistolas, batiéndose con ferocidad. Algunos caían por el suelo, abrazados a su enemigo. Lentamente, pero con firmeza, el círculo de enemigos se iba estrechando. Al fin, unos cuantos ingleses que quedaban con vida arrojaron las armas, alzando los brazos.

—¡Alto! —ordenó Villegas. Durante toda la batalla, como una adecuada música de fondo, sonaron los estampidos de los cañones y las detonaciones que estallaban en el castillo.

Diego blandió la tizona en el aire.

—¡A la fortaleza! Dejad las picas y los arcabuces. Para este trabajo nos deben bastar los aceros y las pistolas.

Corrieron los corsarios hacia los muros del fuerte. Junto a la trinchera quedaban amontonadas sus armas largas. Al llegar junto a las murallas, los alabarderos tomaron los garfios que llevaban arrollados a la cintura y los arrojaron a lo alto de los bastiones. Prendieron los ganchos en las rocas y rápidamente los aventureros comenzaron a trepar por las cuerdas. Algunos arcabuceros cubrían con sus fusiles los garfios, defendiéndolos a tiros de los que querían arrancarlos de la muralla. Como simios se encaramaron por las cuerdas, alcanzando las troneras. Saltaron con presteza al interior, disparando las pistolas y empuñando los machetes. Sin tardar un instante, se abalanzaron sobre los ingleses, dando gritos de júbilo. Por las cuerdas subieron más corsarios, hasta que toda la columna se encontró en lo alto de la fortaleza. Cargaron contra el enemigo sin hacer caso de su número, repartiendo tajos, golpes e insultos.

Cada español se batía con varios ingleses. Caían por la escalera, abrazados a sus adversarios. Sobre la fortaleza se oían las detonaciones de las armas, el chocar de los aceros, los gritos de los combatientes y los lamentos de las víctimas.

Sabían los corsarios que en aquella lucha no tenían retirada posible y que únicamente les quedaban dos salidas, el triunfo o la muerte. Luchaban con la desesperación del que todo lo espera de su audacia, lanzándose sobre el enemigo sin pedir ni dar cuartel.

Fajeda se acercó al asta donde ondeaba la bandera inglesa. De un tajo cortó la cuerda y la enseña enemiga cayó, balanceándose suavemente.

Villegas no descansaba ni un instante, repartiendo estocadas a su alrededor. Se arremolinaban los británicos en torno al corsario, pero la tizona de éste centelleaba, hundiéndose en los cuerpos enemigos. De pronto, Diego vio al jefe inglés que animaba a sus hombres. Desembarazándose de sus adversarios, se dirigió hacia el oficial británico.

—¡Defiéndete! —le gritó.

No se lo hizo repetir dos veces el inglés. Se lanzó a fondo apuntando al pecho del español. Paró éste la espada y descargó un golpe al vientre de su enemigo, que el oficial eludió con dificultad. En medio de la batalla que continuaba con más furia, los dos jefes se batieron, seguros de que su triunfo personal en aquel duelo iba a decidir la suerte del combate.

Fajeda vio cómo un mosquetero apuntaba al capitán con su pistola. Sin vacilar un instante descargó con su espada un golpe de plano sobre la cabeza del inglés, que cayó sin sentido. Luego le alzó en el aire y lo arrojó por la muralla.

—Así aprenderás educación —murmuró.

Villegas acosaba al oficial. Su tizona parecía amenazar al inglés por varios lugares a un tiempo. De pronto el acero del español rasgó la mejilla del adversario. Los aventureros guardaron silencio. Sabían lo que iba a ocurrir. Pero el rojizo británico creyó que se trataba tan sólo de una burla y, enfurecido, se lanzó sobre el español, pero la tizona del capitán le detuvo para siempre al atravesarle el corazón.

La muerte de su jefe pareció derribar la resistencia de los británicos y los últimos defensores de Jamestown depusieron las armas.

Villegas se volvió a sus hombres, que sonreían gozosos. Habían triunfado. Capturaron la capital de Virginia, un territorio situado a mucha distancia de sus bases, sobre un enemigo muy superior en número. La ciudad, al cesar el fragor de la lucha, pareció volver a la vida. Mucha gente salió de sus casas para averiguar quién había triunfado y pronto corrió la noticia por las calles:

—¡Han vencido los españoles! ¡Han vencido los españoles!

Diego y sus corsarios salieron de la fortaleza, custodiando a los prisioneros. Grupos de curiosos se estacionaban en las esquinas, contemplando, entre medrosos e interesados, a los aventureros, en cuyas manos se encontraban.

El capitán se volvió a Ohando y le ordenó:

—Busca caballos y envía a dos correos. Uno a Cape Henry y otro a buscar al Gobernador. Luego alojaremos a nuestros hombres.

Martín saludó, disponiéndose a cumplir lo que le ordenaban.

Al poco rato, un jinete partía hacia la mansión de los St. George y otro en dirección a Cape Henry para que «El Antillano» navegase hasta Jamestown. Los corsarios, una vez alojados, paseaban por las calles, con aire de perdonavidas, luciendo sus espadas y saludando a las muchachas, con guiños y reverencias.

* * *

Arabella se retorció las manos con desesperación. Se la veía pálida y unas profundas ojeras circundaban sus ojos negros. No había podido dormir. Desesperada, se revolvió en su lecho durante las horas de la noche, y cuando el día apuntó en el horizonte continuaba tan inquieta y tan desvelada como al acostarse. Juzgó al principio que era debido a la injuriosa afrenta que aquel descarado español le infirió y al hecho de tenerle tan cerca.

En el salón y el comedor acampaban los corsarios, tendidos en el suelo. Los centinelas daban su ronda alrededor de la casa. Deseó que llegaran las tropas de Jamestown y que ahorcaran al aventurero. Pero al amanecer, cuando formó al frente de sus hombres y se alejó de la mansión, la muchacha sintió un nudo en la garganta. Durante un buen rato permaneció con la vista fija en la atlética y elástica figura, hasta que Diego se hubo perdido entre la espesura. Iba a enfrentarse con la muerte. En el plazo de pocas horas asaltaría la ciudad y quizá alguna bala de cañón destrozaría

aquel cuerpo tan lleno de vida. Se estremeció aterrada. ¿Qué era lo que estaba sucediendo? Luego, cuando a lo lejos se oyeron los estampidos de la artillería y el fragor de los mosquetes, se dio cuenta de que involuntariamente rezaba para que nada le ocurriese. Hundió el semblante entre las manos, consumida por la desesperación. Sabía que debía odiarle, que la había insultado del modo más ofensivo para una mujer hermosa, despreciándola, que la tomó como si fuera una parte del botín, pero pedía a Dios que protegiese al capitán Diego de Villegas.

Arabella se había visto asediada por muchos hombres, por los aristócratas de más influencia y más fortuna en la corte de Saint James y ninguno logró interesarla. Pero aquel oscuro corsario la había fascinado. Puso en juego toda su voluntad, pero no podía olvidar sus besos que momentáneamente la enloquecieron, creía sentir alrededor de su cuerpo la viril presión de sus musculosos brazos y le parecía ver de nuevo aquel semblante enjuto y moreno que se inclinaba, buscando sus labios. Comprendió que había perdido el juicio, que en su pecho se despertaba una pasión arrolladora por un aventurero cuya vida era un continuo vagabundeo y una continua exposición a la muerte. Y, sin embargo, hubiera pagado cualquier precio por poder reclinar la cabeza sobre su macizo hombro.

Cuando cesó el cañoneo, le fué imposible permanecer en el lecho. Se levantó a toda prisa, paseando inquieta por su habitación. ¿Quién habría triunfado? Quizá Diego yaciese en tierra, sobre un charco de sangre.

Desesperada, salió a la ventana. Al pie de ella, los corsarios que montaban guardia en la casa discutían sobre el resultado de la batalla.

—Esos barbilindos —decía el cabo, señalando a los prisioneros— se hacen muchas ilusiones. ¡Qué sorpresa se van a llevar!

Al parecer, estaban muy seguros del triunfo de sus compañeros. ¡Si ella pudiera tener la misma confianza!

Paseó por la habitación, sin permitir a nadie la entrada y sin querer probar alimentos. Tan sólo repetía una frase:

—¡Que nada le haya ocurrido! ¡Que nada le haya ocurrido!

Las horas transcurrieron con increíble lentitud.

Inesperadamente, oyó el galope de un caballo y vio un jinete

que cabalgaba entre una nube de polvo hacia la mansión. Se acercó a la ventana. Era, por sus ropas, un corsario. Agitó la mano en señal de saludo y en su semblante brilló una sonrisa. El corazón de la muchacha pareció que se iba a detener. No quería esperar demasiado de la suerte.

Los centinelas le preguntaron:

—¿Cómo ha ido, Menergas?

Menergas, pues él era el jinete, se apoyó en el cuello del caballo y respondió con aire fanfarrón:

—¿Es que lo dudáis? Hemos triunfado. —Luego agregó—: Me envía al capitán para que nos llevemos a Jamestown a ese Gobernador. Los demás puedan quedar en libertad. No son peligrosos.

Arabella sintió que desfallecía. Era tan grande su alegría que las fuerzas le abandonaron. Pudo rehacerse, sin embargo, y ocultó la cara entre las manos. Diego vivía. Había triunfado y nada le había ocurrido. Sintió unos incontenibles deseos de llorar y de reír al mismo tiempo. De pronto, se levantó asustada.

En el jardín, los corsarios tomaban unas cabalgaduras y se disponían a partir hacia Jamestown. Sólo entonces comprendió que Villegas no permanecería mucho tiempo en la ciudad. Volvería a partir y ella le perdería para siempre. No se extrañó ante este pensamiento. Se sentía unida al corsario y deseaba estar junto a él. Era necesario que le volviese a ver. Sentía la necesidad de oír otra vez su voz y de encontrarse en su compañía. No pensó qué le diría cuando se reunieran de nuevo. Ni siquiera se le ocurrió que él podía haber olvidado la escena que continuaba grabada a fuego en su memoria.

Obedeciendo a un impulso se vistió a toda prisa, y procurando que nadie la viera, salió de la mansión, encaminándose a las cuadras. Ensilló ella misma su yegua y partió hacia Jamestown, con una alegre canción que los cascos de su montura repiqueteaban en su mente.

CAPÍTULO XIII

SE ALEJA EL ESTANDARTE

La ciudad presentaba un aspecto muy distinto al que Arabella le conocía. La gente que se veía en las calles semejaba medrosa, como si se encontrasen sobre un volcán que de un momento a otro pudiera estallar. Afortunadamente, se dijo la muchacha, casi ningún edificio había sufrido daños de importancia. En una trinchera que se alzaba a las afueras de la ciudad, se veían muchos muertos, así como en la llanura por la que ella tantas veces había pasado.

La joven cruzó la ciudad al galope, preguntándose dónde se encontraría Villegas. Se cruzaron con la amazona los corsarios, con sus abigarradas ropas, su aire de desafío y el machete y las pistolas al cinto. Paseaban por la ciudad, con el aplomo de los conquistadores y muchos charlaban ya con las muchachas a las que divertían con su conversación, en ocasiones en presencia de sus novios o de sus maridos.

Arabella continuó su galope, dirigiéndose hacia el palacio del Gobernador, Suponía que allí se alojaba el capitán y vio, en efecto, las monturas que de su mansión se habían llevado.

Saltó a tierra y subió los peldaños que conducían a la puerta. Dos descamisados, morenos y bigotudos, se interpusieron en su camino.

—¿Adónde vas, preciosa?

—Quiero ver al capitán Villegas. Los centinelas se miraron. Pérez de Lerma les había ordenado que nadie debía pasar, pero si una muchacha tan bonita quería ver a su jefe y ellos lo impedían podía costarles algún disgusto.

—Está en el despacho del Gobernador.

Arabella, sin dar las gracias, entró en el palacio y se dirigió a la amplia sala donde Berkeley concedía sus audiencias. Otros dos centinelas, armados de arcabuces, le impidieron pasar. Sus ropas de mar y sus armas contrastaban con el lujo de la mansión.

—Quiero ver al capitán Villegas —repitió, con impaciencia.

Cada minuto que pasaba era mayor su anhelo de reunirse con el español.

Iban a protestar los centinelas, cuando intervino un gigantesco alemán, tocado con un amplio chambergo.

—¿Qué deseáis, señorita? —preguntó Leyden, pues de él se trataba.

—Quiero ver al capitán Villegas —exclamó Arabella a punto de echarse a llorar.

—Pase, señorita —rió Leyden—. Nuestro —capitán está muy galante.

Entró la muchacha en el lujoso despacho del Gobernador. Era una amplia sala, con soberbias alfombras, muebles de caoba y artesonados de oro. Sobre las consolas se veían porcelanas de Sevres y costosos relojes suizos. Toda la habitación respiraba un ambiente de lujosa galantería, al estilo de la corte del rey Sol^[10]. Se encontraba allí el atildado y elegante Gobernador Berkeley, junto con varios oficiales de colete escarlata y algunos de los más importantes mercaderes de la ciudad, así como el alcalde, vestidos todos con sus cintajos y sus pelucas. Contrastaban con ellos la ruda y pujante virilidad de los corsarios. Iban todos en mangas de camisa, con altas botas, las pistolas al cinto y la tizona al costado. Se habían quitado el chambergo y lucían sus negros y largos cabellos.

Uno de ellos, un gigante, se apoyaba en la pared, con los brazos cruzados sobre el hercúleo pecho. Otro, de expresión burlona y feroz, que lucía un colete de ante sin mangas, sobre la morena piel, se sentaba en una mesa, balanceando los pies en el aire. El tercero, sonriente y elegante, aparecía sentado en una butaca, apoyando los pies, calzados con finas botas de cordobán blanco, en otro sillón.

Detrás de la mesa se veía a Diego de Villegas, con su aire de autoridad y de distinción natural.

La muchacha procuró pasar inadvertida y escuchar la

conversación que sostenían.

—La ciudad está en mis manos —decía el capitán—, y tan sólo la rescataréis mediante el pago de cien mil libras esterlinas.

Entre los virginianos hubo un murmullo de protesta.

—Pero, es una fortuna —protestó Berkeley.

—La Virginia es un país rico —aseguró Villegas—, y puede pagarlo. Tened en cuenta que si saquease la ciudad obtendría mucho más. Si lo prefieren vuestras mercedes, puedo autorizar a mis hombres.



Continuó en la ventana contemplando el buque a través de las lágrimas.

Se volvieron los ingleses para contemplar a Fajeda que, sentado en la mesa, sonreía diabólicamente. Era preferible pagar, a que aquellas fieras se lanzasen sobre Jamestown.

—Esto es una humillación —agregó Berkeley.

Diego le dirigió una fría mirada.

—Recordad cuál fué el trato que vuestro Henry Morgan dio a

Panamá. Saldréis mejor librados, ya que yo no saquearé vuestra ciudad y que no pienso llevarme esclavos. Pero —agregó— vuestra excelencia, señor Gobernador, deberá comprar su rescate. Recordad que os capturamos ayer noche.

—Mientras bailaba como un barbilindo —rió Pedro.

—No condenes el baile —le atajó Pérez de Lerma—. Pareces un puritano.

—¿Son éstas las únicas condiciones? —preguntó el alcalde.

—No —dijo Villegas—. Nos quedaremos con las banderas que hemos conquistado, entre las que se encuentra la de la fortaleza, e inutilizaremos los cañones.

Los ingleses abatieron la cabeza. Habían sido vencidos.

—Espero recibir las cien mil libras de Jamestown y las cinco mil, en las que valúo al Gobernador, en el plazo de dos días.

Concluida la entrevista, se retiraron los británicos. Diego miró a sus compañeros y sonrió. Éstos rompieron a reír, al tiempo que el capitán se llevaba una botella de vino a los labios, que después pasó a Ohando.

—Yo creo —opinó el escudero— que es poco castigo.

—Esos mercachifles llorarán más por el dinero que deben pagar que si les incendiáramos Jamestown —opinó el alférez.

—Quizá lo haga —advirtió Diego.

—Pues a mí me parece... —comenzó a decir Pedro, pero se detuvo, siguiendo la mirada de su capitán que aparecía fija en un extremo del despacho.

Arabella permanecía inmóvil, con el pálido semblante enmarcado por los rubios cabellos, entreabiertos los labios, mirando al corsario con humilde adoración. Pérez de Lerma fué el primero en romper el silencio.

—Bien. Debo irme a cambiar las guardias.

—Y yo —se apresuró a decir Ohando— voy a inspeccionar las municiones.

Se dirigieron ambos a la puerta y al llegar a ella observaron que Fajeda continuaba en su sitio, con templando embobado a la muchacha.

—Pedro —exclamó Juan—, ¿no tienes tú nada que hacer?

El escudero se volvió hacia ellos, sin darse cuenta de lo que le decían.

—¡Pedro! —gritó el alférez.

Dio un brinco el catalán.

—Sí, sí. Tengo que... que limpiar las armas.

Una vez solos, Villegas se acercó a Arabella.

—¿A qué honor debo que hayáis venido a visitar a ese despreciable pirata?

La inglesa se mordió los labios. Hasta aquel instante no se dio cuenta de que no sabía para qué visitaba al corsario. No había pensado lo que iba a decirle e ignoraba cómo podía expresar lo que sentía.

—Pero, sentaos, por favor —exclamó Diego—. Os sentiréis mejor.

Arabella obedeció maquinalmente. Se acercó a la butaca que le ofrecía el joven, pero quedó de pie sujetando con fuerza el respaldo.

—Si preferís continuar de pie no os incomodaré —aseguró el español. Se apoyó en la mesa y preguntó, al tiempo que cruzaba los brazos—. ¿A qué debo vuestra visita?

Lady St. George no respondió. Ella, que jamás tuvo miedo a nada, a quien ningún hombre impuso, se sentía intimidada en presencia del aventurero.

—¿Habéis venido a pedirme alguna gracia? —volvió a preguntar Diego.

Arabella alzó los ojos, que hasta aquel momento había mantenido fijos en el suelo, y negó con la cabeza.

—Entonces, ¿venís para injuriarme de nuevo?

—No, capitán.

—A fe mía, *milady*, que no puedo adivinar a qué se debe la visita. Ayer creí que os mostraríais muy dichosa de no verme más.

La altiva y orgullosa *lady Saint George* se estremeció y dijo con voz débil:

—Por favor, capitán, ¿es que me obligaréis a decirlo? ¿Es que vos no adivináis por qué he venido?

El cuerpo de Villegas se irguió, al tiempo que sus brazos caían a los costados. Las oscuras pupilas se clavaron a la muchacha, que se estremeció, como si la abrasasen dos tizones encendidos.

—No —dijo el corsario—. No es preciso que digáis nada, Arabella.

Avanzó hacia ella, con lentos pasos. Los ojos de la joven

brillaron y sus labios se abrieron en una sonrisa de indecible felicidad. Temblaba como si tuviera frío y, sin embargo, sus mejillas ardían. Las finas manos se agarrotaron en el respaldo de la silla. El capitán se detuvo junto a la muchacha.

—Las palabras no pueden expresar lo que sentimos —dijo—, pero un hombre sabe adivinar.

Quedaron inmóviles, a muy corta distancia, contemplándose con fijeza.

De pronto, los brazos del español enlazaron con fuerza a la joven y la atrajeran hacia sí. Las delicadas manos de ella subieron hasta los hombros de Diego y la orgullosa *lady* Arabella St. George, entornando los ojos, entregó sus finos labios a aquel moreno y descarado español.

* * *

En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa. Las mujeres lo comentaban con envidia, los plebeyos con incredulidad, los aristócratas en voz baja, como si hablaran de una herejía, y los corsarios con orgullo.

El hecho, era que *lady* St. George no se separaba jamás del capitán Villegas. Aparecía a todas horas a su lado, siguiéndole como un dócil perro. Cuando el Gobernador fué a entregarle el rescate de la ciudad y el suyo propio, encontró al corsario en su despacho, bebiendo amigablemente en compañía de sus dos lugartenientes, de su feroz escudero y ¡horror de los horrores!, de la aristocrática Arabella, que se sentaba en el brazo del sillón del español, sirviéndoles vino y haciendo coro con su argentina risa a las estruendosas carcajadas de los aventureros.

Todos los pretendientes que ella había despreciado se maravillaban que hubiera preferido a un aventurero turbulento y dominador.

* * *

«El Antillano» ancló en el puerto de Jamestown. Los tripulantes bajaron a tierra para saludar a sus compañeros, que les referían las batallas libradas, burlándose de ellos porque se habían perdido unas aventuras tan emocionantes.

Azogue se presentó al capitán para decirle que el galeón estaba dispuesto a zarpar. Villegas ordenó que cargasen a bordo las banderas capturadas, el rescate obtenido y los víveres y municiones que exigió a los habitantes de Jamestown. Luego, dijo a sus lugartenientes:

—Que embarquen tos hombres. Tengo ya ganas de probar la valentía de los piratas de las Bahamas.

Se cursaron con rapidez las órdenes y, en dirección al puerto, cruzó una abigarrada comitiva. Los corsarios, con el arma al hombro, la sonrisa en sus labios y el aire bravucón, se dirigían a «El Antillano» para proseguir la guerra que su capitán había declarado a los ingleses, junto a ellos marchaban unas jóvenes que lloraban desconsolada mente. Algunas cargaban las armas y los zurrone, dirigiendo a los sonrientes aventureros miradas de muda adoración.

Desde el palacio del Gobernador, Villegas vio cómo sus hombres embarcaban. En el antedespacho esperaba Fajeda. Había llegado el momento de partir. Se colocó el tahalí y tomó el chambergo. Luego se volvió a *lady* S. George, que permanecía silenciosa a su lado, oprimiendo los labios y haciendo enormes esfuerzos para contener las lágrimas.

—Adiós, Arabella —exclamó.

La muchacha clavó en él sus negros ojos. Se la veía pálida y descajada. No pensó que al fin Diego abandonaría Jamestown. En su interior creyó que lograría hacerle quedar. Entonces comprendió que era un hermoso sueño, pero imposible.

—No me dejes, Diego —suplicó—. Llévame contigo.

El corsario negó con la cabeza.

—Es imposible. Continúa tu vida y es mejor que vuelvas a Inglaterra. Puedes decirles a tus amigos, que pensaba incendiar Jamestown, pero en honor tuyo no lo hago.

Arabella rompió a llorar. La vida, sin el español, no tenía objeto. Le parecía un largo y triste sendero sin luz. Incapaz de contenerse, echó los brazos al cuello de Villegas y procuró besarle. Era la única arma para vencer su determinación.

Diego la apartó con suavidad pero firmemente. La muchacha le miró con desesperación, como si entonces comprendiera que se separaba para siempre. Que Villegas nunca más volvería a figurar en su existencia.

—No me dejes sola —sollozó—. Me moriré de pena.

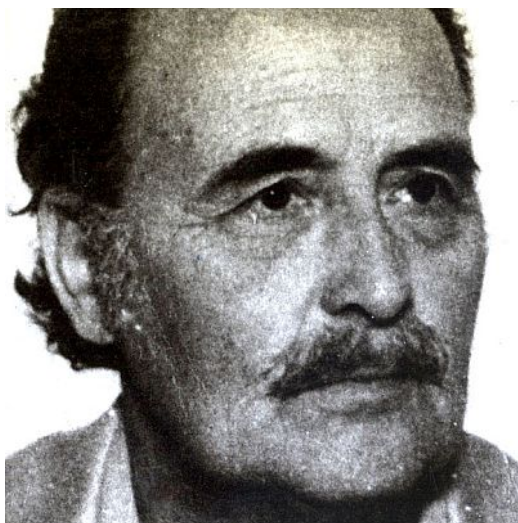
—No te quedas sola —replicó el capitán—. Te dejo el recuerdo de que, por una vez en la vida, has amado a un hombre.

Sin más palabras, el corsario salió de la habitación. Arabella rompió en un amargo llanto, mientras se alejaban las recias pisadas de su amado, como él se alejaba para siempre. Debía verle por última vez, antes de que su buque zarpara de Jamestown. Sabía que era inútil rogarle, y no pensaba hacerlo, pero quería contemplar su figura mientras le fuera posible, para grabar su imagen en su memoria.

Se asomó a la ventana a tiempo para verle salir del palacio en compañía del escudero. Cruzaron ambos la distancia que les separaba, del galeón. «El Antillano» levó anclas y partió para siempre de Jamestown, en cuya vida pasó tan fugazmente.

Arabella St. George continuó en la ventana, contemplando a través de las lágrimas el buque que surcaba las aguas del río en dirección al Atlántico. No se movió hasta que en la distancia se vio tan sólo el estandarte azul que ondeaba al viento.

fin



Jacinto León-Ignacio Ruiz de Cardenas
(1919-1991):

H. Onson). Nacido en Barcelona, trabajó como redactor de la revista de cine Fotogramas colaborando también en El Correo Catalán, Algo Horizonte y TeleExpres. Fue un prolífico traductor entre otros de las obras de Hemingway y Jack London. Cultivó en la novela popular no sólo el género bélico sino otros como el Oeste y policiacas, firmando como León-Ignacio, J. León, J. Dixon, y Sterling Graham. Era el autor de la gran mayoría de las novelas de la colección Hombres del Oeste, de la editorial Clíper, y un buen número de títulos en otras colecciones como Pueblos del Oeste, también de Clíper, y en varias de las series dedicadas al western de Bruguera, donde también escribía como J. de Cárdenas en la colección Bisonte y en Servicio Secreto de Bruguera como J. Dixon y Sterling Graham. Con el seudónimo León-Ignacio publicó cuatro libros de tipo histórico, A ras de tierra, Corpus de Sangre, Los quinquis y Los años del pistolerismo en Barcelona. Ensayo para una guerra civil. La mayor parte de las novelas de la colección Bazooka se deben a su buena información sobre la Segunda Guerra Mundial. El cuidado que transparenta su información sobre los hechos que relata se nota en los numerosos pies de página para informar al

lector sobre las técnicas las tácticas de los contendientes. Acompaña un plano para poder seguir el acontecimiento que describe.

Notas

[1] Recuérdese que la religión Anglicana, oficial en Inglaterra, difiere mucho en sus ritos de la Católica. < <

[2] «Covenant» era un pacto realizado por algunos señores escoceses que levantaban un ejército para sacudirse el yugo inglés. Muchas de estas alianzas tenían tipo religioso. A los voluntarios que integraban dichos ejércitos se les llamaba «covenanters». < <

[3] Esta fue la bandera inglesa hasta 1801. < <

[4] En castellano. Se llamaban así los fortines contruidos por una empalizada. < <

[5] Castillo de Albermale. < <

[6] En la actualidad se llama Oregón debido a que antiguamente en castellano se empleaba la ge en vez de la jota. De allí el estado de Oregón. < <

[7] Bandidos catalanes que se convirtieron en las tropas de asalto del ejercita español. < <

[8] Aventureros que combatían contra los piratas berberiscos. < <

[9] En 1676, Nathaniel Bacon organizó una compañía para batir a los indios. Los venció y luego los lanzó sobre el gobernador Berkeley, cuyas tiránicas medidas habían despertado el odio del pueblo. En la lucha ardió la ciudad y hoy día tan sólo quedan unas ruinas de la fortaleza. < <

[10] Luis XIV de Francia. < <